

RECENSIONES

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS: *España bélica, el siglo XX. Marruecos*. Editorial Aguilar, Madrid, 1972, 414 pp.

Un conjunto de seis volúmenes son los que componen la gran obra titulada *España bélica*, en la que se detallan todos los acontecimientos importantes acaecidos y el guerrear de los españoles desde el siglo xvi al actual, en que las campañas de Marruecos ocupan un destacado lugar en los primeros años del mismo.

«Marruecos» se inicia con la Conferencia de Algeciras en 1906, y termina con las últimas campañas de 1926-27 en que comienza nuestra etapa de pacífica acción de Protectorado de España en Marruecos, que habría de durar hasta la época reciente de la total independencia del Reino de Marruecos, que ha comenzado a actuar en la vida política internacional sin las tutelas de Francia y España.

A pesar de que en el Medievo los hombres procedentes del Magreb extendieran su poderío militar y su cultura a otros países e invadieran la Península ibérica, por el siglo xvi había decrecido tan lamentablemente su propia cultura, su economía y el orden interior, que el país presentaba a los europeos una imagen subdesarrollada y de pueblo insomitado a sus gobernantes.

Cuando a principios del siglo actual las cuestiones coloniales tenían su máximo apogeo en Europa, España se encontró frente a Marruecos en la necesidad de realizar una doble acción: sacar a este país del gran atraso y desorden de todo tipo en que se encontraba, y evitar las consecuencias que para los españoles representaba la aludida situación en el tráfico y en el comercio por encontrarse situado en nuestra «orilla opuesta». Si se hubiera dado el caso de que España no hiciera frente a este problema, las demás naciones que lo consideraban hubieran dominado el Estrecho en su orilla sur, lo cual, dada la existencia del Peñón de Gibraltar en manos inglesas, nos hubiera colocado en la postura de «extraños» en el dominio de uno de los más importantes pasos marítimos del mundo. Por estas causas, políticos de distintas épocas han hecho manifestaciones tan claras como las que recoge en esta obra el duque de la Torre y que transcribimos:

«Don Antonio Cánovas del Castillo publicó por vez primera en 1861 unos *Apuntes para la historia de Marruecos*, en cuyo epílogo decía: "Hay una ley histórica que hemos venido observando a través de los siglos en el Magreb-el-Aksa, según la cual el pueblo conquistador que llega a dominar sobre una orilla del Estrecho antes de mucho

RECENSIONES

tiempo domina también la opuesta. Esta ley no cesará de cumplirse, y si no hay en España bastante valor o inteligencia para anteponerse a otras naciones en el dominio de las playas y fronteras, día ha de llegar en que sucumba nuestra independencia y nuestra nacionalidad desaparezca, quizá para no resucitar".»

Y también el gran historiador duque de Maura habría de manifestar sobre este asunto: «España ve ante todo en la cuestión de Marruecos un problema concerniente a su defensa nacional.»

La Conferencia de Algeciras, que dio comienzo el 16 de enero de 1906 y terminó el 1 de abril de dicho año, es analizada en sus principios, alcance y consecuencias, llegando a afirmar el autor que como entre 1906 y 1927 las guerras fueron numerosas, si no hubiera existido el acta de Algeciras, «se hubieran producido en peores condiciones, sin conducir, al cabo de los años, a un Reino de Marruecos próspero y potente».

Con criterio objetivo, acopio de datos (fruto de su labor investigadora y gran empleo de bibliografía), el académico de la Historia lleva al lector por las páginas del libro, mostrándole cronológicamente las campañas y acontecimientos que constituyen nuestra acción militar en Marruecos y los personajes que les dieron vida en ambos bandos. Y así son estudiadas la campaña de Melilla de 1909, con el triste revés del barranco del Lobo, durante el mes de julio, en el que también tenía lugar en la península otro luctuoso suceso: la Semana Trágica de Barcelona (del 26 de julio al 2 de agosto), que era la traca final de un antecedente período político de extraordinaria inestabilidad, que proporcionó siete presidentes del Consejo de Ministros en poco más de dos años y cuando el rey Alfonso XIII sólo contaba veinte años de edad...

Para ocupar 300 Km² tuvimos 3.000 bajas. «Un rendimiento bajo en relación al esfuerzo realizado por España», pero hay que tener presente que se luchaba sin entrenamiento ni adaptación previa (hubo unidades que entraron en combate después de haber pasado dos días en el tren, una noche en barco con mal tiempo y desde el muelle de Melilla emprendieron la marcha hacia el monte Gurugú, entrando en combate poco después), con un enemigo bien conocedor del terreno, que practicaba la táctica de la dispersión y sabía aprovechar íntegramente el fuego de su fusil. Los nombres del general Marina, general Gómez Jordana (don Francisco), cabo Noval (el héroe inmortalizado en la plaza de Cascorro, de Madrid), el coronel de Infantería Primo de Rivera (don Miguel) y el Roghi, jefe local que no reconocía la autoridad del sultán, adquirieron notoriedad en esa época.

El paso del río Kert (1911-12); la muerte del Mizzian, nuestro tenaz enemigo; las tensiones entre el teniente coronel Silvestre y el Raisuni en la zona de Larache: la creación de las Fuerzas de Regulares Indígenas por el comandante Berenguer; los cuatro años de semipaz durante la Guerra Europea (1914-18); las relaciones del general Gómez Jordana con el Raisuni, que duraron desde 1915 hasta el 18 de noviembre de 1918, en que, encontrándose redactando un informe sobre el Raisuni para el Gobierno, falleció sobre la mesa de su despacho en la Alta Comisaría; las victorias de Yebala (1919-1921); la actuación del general Berenguer frente al Raisuni; la creación del Tercio de Extranjeros, la gloriosa Legión, fundada en 1920 por Millán Astray, que, según el autor, nació con cuatrocientos años de retraso por considerar que de haber nacido en el siglo XVI «su nombre estaría en la Historia junto a los Julián Romero, a los Sancho

RECENSIONES

de Londoño y a los González de Bracamonte», y se habría batido en Flandes, en Italia, en Sudamérica y en las Indias Orientales...; el desarrollo del desastre de Annual, en la zona de Melilla, en 1921; la reconquista debida a la llegada a Melilla de la Legión, con su jefe, Millán Astray, al frente, y los comandantes Franco y Fontán al mando de las dos Banderas, cuyos legionarios, al desfilar por las calles, reflejan en su espíritu y talante que «se sienten capaces de contener a toda la morisma»; la actuación en la Península de las «Juntas Militares»...; estos y otros hechos, no menos importantes, son considerados con bisturí de historiador y con la galanura en el decir que caracterizan al duque de la Torre como académico de la Lengua.

Y, por último, puede el lector seguir con interés y profundidad la actuación del general don Miguel Primo de Rivera desde la presidencia del Gobierno (13 de septiembre de 1923), que hizo saber al país que buscaría «una solución digna y sensata para el problema de Marruecos»; el apogeo de Abd-el-Krim, cuya popularidad había aumentado entre los indígenas tras su victoria de Annual, que llegó a hacer prisionero al Raisuni, quien murió dos meses después en circunstancias desconocidas; el célebre desembarco de Alhucemas, en el que el coronel Franco manda la vanguardia de las tropas de choque; la rendición de Abd-el-Krim, y las últimas campañas de 1926-27, con el famoso «raid» Capaz, y la despedida y felicitación del general Sanjurjo, que había conducido la campaña.

En toda la obra se ponen de manifiesto las cualidades del escritor militar, de las que tantas pruebas ha dado el teniente general Martínez de Campos, habiendo realizado un trabajo de divulgación histórica para el gran público digno de todo elogio, pues presenta los acontecimientos con claridad y rigor, mostrando el entramado, en ocasiones tergiversado, de la política y sus directas consecuencias en el planteamiento y evolución militar del problema marroquí, que podía haber tenido una solución mucho más rápida y con menor número de bajas si hubiera existido una acción política coherente y con unos objetivos a alcanzar como la que puso en ejecución el Gobierno del general Primo de Rivera, que terminó en poco tiempo con una auténtica pesadilla nacional. «¡Cuánta sangre generosa pudimos ahorrar si en los gobiernos, si en el Alto Mando, se hubiese seguido una política de guerra bien definida!»

El autor pone de relieve en sus páginas no sólo los éxitos, sino también nuestros fallos políticos y militares, y recoge la afirmación del general Goded de que «en nuestra larga y dolorosa guerra de Marruecos nunca, hasta 1926, supimos explorar el resultado de la victoria técnica», como dejó escrito en su admirable libro titulado *Marruecos. Las etapas de la pacificación*. Pero también destaca, por ser de justicia, la actuación de nuestros sobrios y valientes soldados, a los que dedica, entre otros, los siguientes párrafos:

«El soldado hispano, en mucha parte agricultor, cuando empezaba el siglo, no había salido nunca de su pueblo; no había salido casi de los surcos que pisaba con la yunta de su arado; no había oído más disparos que los de un cazador furtivo que iba en busca de unas cuantas codornices. Era valiente, como todo hombre de campo, ante el peligro conocido o imaginado; mas no lo era, según nadie puede serlo, ante lo imprevisto, lo desconocido, lo casi inabordable, e inabordable para él era ese moro acostumbrado a su porción de tierra, a los zigzags de cada senda y a los recovecos de

RECENSIONES

los peñascos que integraban mucha parte de la zona en que lograba defenderse. El español, recién llegado, y el moro, en su propia casa. Aquél, agotado por el tremendo balanceo de una nave estrecha y abarrotada, y éste, bien reposado después de descansar en su acostumbrado lecho.»

«Sólo cuando Berenguer creó los famosos "grupos de regulares", cuando aparecieron las "mías de policía", cuando se organizaron las "harcas amigas", las "mehal-las del jalifa", las "idalas de los cuides"... , cuando, en fin, Millán Astray fundó los "tercios legionarios", pudo pensarse, poco a poco, en no replegar y en continuar al día siguiente, sintiéndose cada uno bien seguro del terreno que pisaba. Ocurrió, en efecto, que el soldado auténtico nos dio confianza. Los voluntarios—musulmanes y españoles—nos impulsaron francamente hacia la meta. Unos y otros nos prestaron un servicio superior a cuanto de ellos se esperaba. El legionario... sabía lo suficiente, y el marroquí aprendió de prisa su misión. Este encajó perfectamente en nuestras filas, hasta el extremo de que habríamos podido utilizarlo en toda clase de servicios. Es más: ante la confianza que unos y otros inspiraron, los españoles recién instruidos se enardecieron, y entonces nos decidimos a avanzar a fondo y a terminar la guerra de Marruecos.»

«Nuestro soldado se fue haciendo a medida que las normas de la pequeña táctica dejaron de aplicarse a la estrategia. O quizá esto sólo ocurrió cuando tuvimos infantería de veras, la que no dudó en sacrificarse íntegramente.»

Podemos decir, en síntesis, que *Marruecos* es no sólo una aportación valiosa a la no abundante bibliografía sobre el tema, sino que es una obra histórica dirigida al hombre de nuestros días para mostrarle toda la variada y compleja acción española en el Protectorado del país vecino de forma sistemática y desprovista de adornos inútiles, por lo que permite escudriñar en el fondo de las cuestiones tanto al lector especializado en el tema como al que por vez primera considera la cuestión hispano-marroquí.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

JULIO COLA ALBERICH: *Anatomía del Tercer Mundo*. Organización Sala Editorial, Sociedad Anónima, Madrid, 1973, 240 pp.

Cola Alberich es, sin duda, uno de los estudiosos más destacados que en la actualidad posee España en cuestiones sociopolíticas y socioeconómicas a nivel internacional. El autor de las páginas que la Organización Sala Editorial ofrece al lector de lengua castellana es dueño de una sólida formación intelectual—humanística—, que le permite emprender el análisis de las más delicadas cuestiones internacionales y salir airoso de toda coyuntura. No en vano, pues, el autor de *Anatomía del Tercer Mundo* es un pensador que no se concede descanso, es un escritor—analista—que está siempre alerta y siempre predispuesto para verificar el porqué se ha producido determinado fenómeno en determinado país. Vigía permanente del panorama nacional e internacional, es autor de toda una infinita serie de estudios, la generalidad de los mismos dados a conocer a través de la prestigiosa publicación REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL (Instituto de

RECENSIONES

Estudios Políticos), en donde desde hace más de una década el autor analiza el ámbito de la política internacional de nuestro tiempo.

Es preciso, sin embargo, reseñar algo que, a nuestro parecer, consideramos todavía más importante, a saber: Cola Alberich es un viajero apasionado, lleno de curiosidad—de una curiosidad que no conoce frontera alguna—y que potencia al máximo su vista y sensibilidad para captar, en el suelo mismo de los países que visita, la auténtica realidad sociopolítica y socioeconómica que en los mismos predomina. No estamos, por lo tanto, ante un estudioso que se recrea en la paz burguesa de su estudio o que se rodea de manuales y geografías *ad hoc* para emprender su tarea de internacionalista. Intelectual disciplinado, amante de la verdad y cada vez más exigente consigo mismo, el autor abandona—muy frecuentemente—su estudio y emprende la singular aventura de conocer los problemas en el marco real en donde acontecen. El lector especializado, pensamos, advertirá inmediatamente la veracidad de esta afirmación a las pocas páginas de iniciada la lectura de este libro, al comprobar cómo efectivamente el autor recurre—en no pocas ocasiones— a sus notas de andar y ver.

¿Se trata de un libro más sobre el Tercer Mundo? Sabido es, se ha repetido no pocas veces, que el Tercer Mundo es—así piensa igualmente Ruiz García—, antes que nada, un concepto de estricta y, al tiempo, de equívoca significación política, económica y casi geográfica. Sirve para entenderse desde una sumaria y primera instancia. Partiendo de esa latitud—en tanto que problema o totalidad de problemas de una extensa parte del planeta—se comprende bien que el concepto político del Tercer Mundo no sea sólo una realidad estática, estable, sino un verdadero cuestionario revolucionario—o que determina crisis revolucionarias—que afecta a dos tercios cuando menos de la humanidad. Esos dos tercios de la humanidad luchan por obtener el derecho a la plena expresión de su autonomía rompiendo con los mediadores—o disuasores—de las fuerzas dominantes, por conseguir un desarrollo económico y social que implique su articulación en lo humano, por la reforma de las estructuras impuestas—o derivadas—del control y la desarticulación colonialista o imperialista en su primera fase o en la actual, derivada esta última del modelo expansivo del capitalismo multinacional y monopolístico.

Cabe necesariamente preguntarnos: ¿qué es lo que el profesor Cola Alberich se propone a lo largo de estas cuidadas páginas? Aspiramos—confiesa el propio autor— a ofrecer, dentro de las breves dimensiones de un volumen, la síntesis de algunos de los problemas que gravitan, vivos y acuciantes, sobre los dos tercios de la humanidad, es decir, sobre los seres que pueblan los países que aún no han alcanzado su desarrollo económico y que se engloban bajo la denominación tan popularizada de Tercer Mundo.

La tesis central de la obra bien podría ser la siguiente: los problemas del Tercer Mundo son, junto a la persistencia de las guerras, los más agobiadores a los que se han de enfrentar las jóvenes generaciones. Resulta irritante que las dos terceras partes de la humanidad arrastren una mísera existencia—más penosa en ocasiones que la de nuestros antepasados de la prehistoria.

Cola Alberich denuncia igualmente el distanciamiento, el desinterés, la despreocupación de las grandes potencias respecto de los pueblos que se agrupan bajo la expresión Tercer Mundo.

RECENSIONES

Para el autor, opinión que plenamente compartimos, es evidente que el problema del hambre en el mundo se ha recrudecido: millones de seres mueren anualmente por falta de alimentos en los más diversos rincones de la tierra, y además la infancia, abandonada y famélica, formula con sus ojos tristes la más dura de todas las acusaciones contra los hombres que no han sabido, o no han querido, remediar esas lacras en una época como la actual, en que los espectaculares avances de la ciencia pueden facilitar el hallazgo de los remedios adecuados para superar tan inhumana situación. Como afirmaba recientemente el presidente de Chile, doctor Salvador Allende, en su discurso inaugural de la III Conferencia de la UNCTAD (abril, 1972): «Si se perpetúa el actual estado de cosas, el quince por ciento de los habitantes del Tercer Mundo está condenado a morir de hambre. Como además la atención médico-sanitaria es deficiente, la expectativa de vida es casi la mitad que en los países industrializados y una gran parte de los habitantes nunca contribuirá al progreso del pensamiento y de la creación. Puedo repetir aquí lo que nuestro pueblo dolorosamente sabe. En Chile, país de diez millones de habitantes, y donde ha existido un nivel alimenticio, sanitario y educacional superior al término medio de los países en desarrollo, hay seiscientos mil niños —hijos de chilenos, niños del pueblo— que por la falta de proteínas en los primeros ocho meses de su vida jamás alcanzarán el pleno vigor mental que genéticamente les habría correspondido. Hay más de setecientos millones de analfabetos en Asia, Africa y América Latina y otros tantos millones no han pasado de la educación básica. El déficit de viviendas es tan colosal que sólo en Asia hay doscientos cincuenta millones de habitantes sin techo apropiado. Cifras proporcionales se comprueban en Africa y América Latina. El desempleo y el subempleo alcanzan cifras pavorosas y siguen aumentando. En América Latina, por ejemplo, el cincuenta por ciento de la población activa está cesante o tiene una desocupación disfrazada, cuya remuneración, particularmente en el campo, está muy por debajo de las necesidades vitales. Esto es lógica consecuencia de un hecho conocido: las naciones en desarrollo, que concentran el sesenta por ciento de la población mundial, disponen de sólo el doce por ciento del producto bruto.»

Otra de las especiales preocupaciones del autor de estas páginas gira sobre un hecho singular. Un hecho que, naturalmente, tenemos que planteárnoslo a modo de interrogante: ¿cuándo surgió el llamado Tercer Mundo? Desde el punto de vista político —subraya Cola Alberich—, el nacimiento del Tercer Mundo puede situarse, el mes de abril de 1955, en Bandung (Indonesia). Mucho antes de dicha fecha, ciertamente, se contaba, como naciones independientes y soberanas, a las Repúblicas iberoamericanas que figuran en el bloque de los países subdesarrollados. Pero no prevalecía en aquel continente un clima capaz de posibilitar la vinculación de sus derechos y la formulación coherente de sus aspiraciones. Junto a aquellas Repúblicas, en Asia y Africa se esparcía un puñado de naciones independientes adosadas a los vastos imperios coloniales europeos.

La Conferencia Afro-Asiática de Bandung fue el aldabonazo que hizo despertar la conciencia política de inmensas humanidades que vivieron aletargadas durante siglos. En aquella ciudad indonesia se reunieron durante los días 18 al 24, además de los

RECENSIONES

países promotores (Birmania, Ceilán, India, Indonesia y Pakistán), los representantes de 24 países de ambos continentes. Entre las conclusiones adoptadas por la histórica Conferencia figuraba la de reclamar la independencia de Argelia, Marruecos y Túnez. Pedía a las Naciones Unidas la admisión de los siguientes países participantes: Camboya, Ceilán, Japón, Jordania, Laos, Libia, Nepal y Vietnam, y reclamaba la ampliación de la representación de los países de Africa y Asia en el Consejo de Seguridad. Abogaba por la implantación del desarme universal y el fin del colonialismo. En definitiva, los principios adoptados por la Conferencia han permanecido como base de la acción internacional del Tercer Mundo, habiendo cobrado vigor por la celeridad impresa al proceso descolonizador.

De todas maneras, de conformidad con la tesis sostenida por el autor de estas páginas, el proceso descolonizador ha sido el punto de apoyo a través del cual se ha verificado la radical transformación o estructuración del Tercer Mundo: en realidad, volvemos a citar al profesor Cola Alberich, los gérmenes descolonizadores que determinaron la emancipación de los Estados asiáticos y africanos incorporados al Tercer Mundo se incubaron durante la II Guerra Mundial bajo la influencia de la Carta del Atlántico (12 de agosto de 1941), en cuyo párrafo tercero se dice que «(El presidente de los Estados Unidos de Norteamérica y el primer ministro británico) respetan el derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual desean vivir, y desean que los derechos soberanos y la autonomía sean restituidos a aquellos que han sido despojados de los mismos por la fuerza». Esta Carta contenía, en sí, el espíritu de la descolonización, puesto que los territorios coloniales habían sido adquiridos por la fuerza de las armas y, por lo tanto, debían recuperar «la autonomía». La madurez de esta política se lograba al firmarse la Carta de San Francisco. Como escribe Cordero Torres, «la debilidad y desunión de Europa ante la nueva situación, agravada por la actitud de los extraeuropeos, y no principalmente de los africanos, creó un importante complejo de «culpabilidad colonial» contrario a consolidar las creaciones transaccionales y a dar pausa a las etapas, de suerte que las construcciones independentistas se han acelerado con algún acompañamiento de vínculos asociativos y abundantes intervenciones de la ONU. Su Carta (26 de junio de 1945), en los capítulos XI, XII y XIII, se ocupa de los países "que todavía no se gobiernan por sí" y de los fideicomisos». El resultado fue que la Organización de las Naciones Unidas adoptase una decidida política descolonizadora, que ha determinado la formación de una inmensa constelación de nuevos Estados. Desde 1944 no han cesado de registrarse constantemente las independencias. En Asia la proclamaron los siguientes países: Siria y Líbano (1944); Formosa y Corea (1945); Vietnam y Filipinas (1946); India y Pakistán (1947); Birmania, Ceilán, Israel, Jordania y Camboya (1948); Laos (1949); Indonesia (1950); Malaya y Singapur (1947); Kuwait (1961); Islas Maldivas (1945); Yemen del Sur (1967); Federación de Emiratos Arabes, Bahrein y Qatar (1971). A estos casos podemos agregar los de otros territorios que fueron descolonizados y que han pasado a incorporarse a ciertas naciones ex coloniales, como el Irian, entregado por Holanda en 1962, que pasó a integrarse en Indonesia, o Sabah, descolonizados por la Gran Bretaña en 1963, que se unieron a la Federación de Malasia. No contamos la devolución de territorios pertenecientes a algunas naciones, como es el caso del Manchukuo, recu-

RECENSIONES

perado por China en 1945, o las posesiones francesas de la India (1949), etc. El Tíbet, por el contrario, ha perdido su secular autonomía al ser absorbido por la República Popular de China.

La mayor parte del continente americano al sur del Río Grande—que es la que nos interesa por formar parte del Tercer Mundo—había conseguido su independencia, especialmente durante las guerras de emancipación, de las que surgió una densa constelación de Repúblicas soberanas en diversos momentos cronológicos y tras de algunos reajustes territoriales.

En América, tras de la II Guerra Mundial, la descolonización ha dado como fruto la aparición de las siguientes naciones: Jamaica, Trinidad y Tobago (1962), Barbados y Guyana (ex Guayana británica) (1966). También se ha ejercido en los siguientes territorios: Antillas y Guayana francesa (1946), Terranova (1948), Puerto Rico (1952), Surinam y Antillas holandesas (1954), Federación del Caribe (1958), Alaska (1959), territorios que han adoptado diversas soluciones y experimentado distintas vicisitudes, aunque sin llegar a formar naciones independientes.

En Africa, esta política de descolonización transformaba radicalmente el panorama político de un continente que sólo contaba, hasta el final de la II Guerra Mundial, con dos países independientes: Liberia y la Unión Sudafricana (autónoma desde el 31 de mayo de 1910). Etiopía, el milenar imperio, se encontraba ocupada por Italia desde 1936 y sólo recuperó su soberanía el 5 de mayo de 1941, cuando el emperador Haile Selassie regresaba a Addis Abeba al ser expulsadas las tropas italianas. En 1945 las tropas británicas evacuaban el Ogaden y en 1950 se federaba Eritrea con el imperio. Egipto estaba ocupado por las tropas británicas. En 1946 se descolonizaba la isla de la Reunión. En 1949 la Asamblea General de las Naciones Unidas decidía otorgar la independencia a Libia, que reagruparía las tres antiguas colonias de Tripolitania, Cirenaica y Fezzan. La independencia del reino de Libia se proclamaba oficialmente el 24 de diciembre de 1951. A esta independencia seguían las del Sudán (1955), Marruecos y Túnez (1956). En 1957 surgía la primera nación descolonizada del Africa negra o subsahariana, cuando la Gran Bretaña concedía la independencia a Costa de Oro, que adoptaba el nombre de Ghana. Guinea votaba «no» en el referéndum convocado en 1958 por el general De Gaulle, se separaba de los territorios franceses que había aceptado la Constitución de la Unión Francesa y se transformaba en un Estado soberano.

Es decir, que al iniciarse 1960 sólo existían en toda la inmensidad del continente africano diez naciones independientes, que cubrían una extensión de algo más de nueve millones de kilómetros y englobaban unos 104 millones de seres. Aquellas independencias conseguidas antes de 1960 pueden considerarse como la primera fase de la descolonización africana. Al terminar, en 1960, la segunda etapa del proceso descolonizador, casi 21 millones de kilómetros cuadrados—de los 30,5 que forman el continente africano—se encontraban independizados y repartidos entre 27 Estados soberanos. En esta segunda fase (1960) habían adquirido la independencia las siguientes naciones: Alto Volta, Camerún, Congo (Brazzaville), Congo (Kinshasa, actual Zaire), Costa de Marfil, Chad, Dahomey, Gabón, Madagascar, Mali, Mauritania, Níger, Nigeria, República Centroafricana, Senegal, Somalia y Togo. En total, un conjunto de países que

RECENSIONES

cubren una extensión de casi 12 millones de kilómetros cuadrados y que entonces poseían una población de más de 88 millones de seres.

La tercera etapa la constituyen las independencias proclamadas desde 1960 hasta hoy. Otros 16 Estados han ido sucesivamente surgiendo a la vida internacional: Sierra Leona y Tanganika (1961), Argelia, Burundi, Ruanda y Uganda (1962), Kenya y Zanzíbar (1963), Malawi y Zambia (1964), Gambia (1965), Botswana y Lesotho (1966), Guinea Ecuatorial, Mauricio y Ngwane (ex Swazilandia) (1968). Tanganika y Zanzíbar se federaban en abril de 1964, constituyendo la República Unida de Tanganika y Zanzíbar, denominada corrientemente Tanzania. De tal forma, en los momentos actuales, existen en el continente africano 42 Estados independientes que totalizan una población de 313,7 millones de habitantes y cubren una extensión de 27,5 millones de kilómetros cuadrados, es decir, el 90,1 por 100 de toda la superficie continental.

Hoy en día, la descolonización puede considerarse como terminada prácticamente, puesto que apenas el uno por ciento de la población vive bajo la soberanía extranjera.

En otro lugar del libro el autor aborda directamente la vieja cuestión de determinar la causa esencial en virtud de la cual el problema del subdesarrollo ha hecho su aparición: la deformación de las estructuras sociopolíticas. «El llamado subdesarrollo es sólo consecuencia del dominio económico y político de unos países por parte de aquellos otros que, en el curso del proceso histórico, han tenido la oportunidad de un crecimiento económico más rápido y se han constituido en centros, ayer coloniales y hoy imperialistas. El subdesarrollo no es, por tanto, un crecimiento más lento de ciertas economías, que se retrasaron respecto a las otras, sino la consecuencia de la deformación de las estructuras económicas y sociales impuestas a los países llamados subdesarrollados por la explotación directa e indirecta, característica del colonialismo de ayer y del neocolonialismo imperialista de hoy.» Esto es, sólo parcialmente exacto, en nuestra opinión—agrega Cola Alberich—, ya que, volviendo al caso de la China Popular, ese dominio económico y político ha desaparecido en cuanto el pueblo chino ha encontrado una fórmula ideológica—buena o mala, puesto que la exégesis de la doctrina maoísta no entra en el tema de este volumen—que le ha unificado y que le ha permitido barrer todas las presiones y presencias exteriores. El subdesarrollo, más que una consecuencia de la «deformación de las estructuras económicas y sociales impuestas a los países subdesarrollados», como afirma la declaración de La Habana, es producto de la incapacidad de sus gobernantes para sacudir tutelas exteriores, explotar los recursos de sus países, elevar la instrucción de sus pueblos y aunarlos en una tarea común que supere sus mutuos recelos. Ya que mencionamos La Habana, tenemos el caso de Cuba, que en pocos años ha logrado eliminar la tutela norteamericana y superar el tremendo analfabetismo de su pueblo. Con esta última realización, Cuba puede esperar mejores días en el futuro porque, ciertamente, el desarrollo no se consigue en un año: alrededor de medio siglo tuvo que esperar la Unión Soviética para alcanzar su presente estado de expansión.

De todas formas, piensa el profesor Cola Alberich, difícilmente los pueblos agrupados bajo la expresión de Tercer Mundo podrán vencer sus problemas si no emprenden lo que podríamos considerar como acción común ante los mismos problemas, a saber: el saneamiento de sus economías. «Uno de los problemas más graves que se les plantea

a estos países del Tercer Mundo, productores de materias primas, son las bruscas oscilaciones de las cotizaciones de los productos que exportan en los mercados mundiales y paralelamente el constante descenso de estos precios en los últimos años. Esto supone que, aun incrementando su producción, los ingresos que perciben son cada vez menores. El informe preliminar a la Conferencia de la FAO—celebrada en Munich del 18 al 23 de septiembre de 1972—indicaba que «resulta inquietante comprobar que, durante los últimos veinte años, las exportaciones de productos agrícolas de los países menos desarrollados han progresado a un ritmo mucho menos rápido que las de los países más desarrollados. Entre 1955 y 1970 su participación en las exportaciones mundiales de productos agrícolas ha descendido del 46 por 100 al 34 por 100. Los ingresos proporcionados a esos países por la exportación de estos productos han aumentado, ciertamente, en el 43 por 100 durante ese mismo período, pero los de los países desarrollados han aumentado más del 130 por 100».

Consecuentemente, subraya el autor, estos países, para defender sus intereses vienen reclamando el mantenimiento de los precios internacionales sin ningún éxito. De ello surge la necesidad de que los países del Tercer Mundo saneen sus economías, planifiquen sus producciones y se agrupen en entidades que defiendan los precios de las materias que producen. La planificación es necesaria si se desea evitar que afluya a los mercados mundiales un exceso de oferta.

Páginas más adelante, el autor vuelve a situarnos ante una sugestiva interrogante: ¿Es efectiva la ayuda internacional que se presta al Tercer Mundo...?

La primera cuestión a dilucidar sería la de poder definir qué es lo que se entiende por ayuda, cuántas clases de ella existen y cuál es la que más necesita el Tercer Mundo. En la prensa se leen cotidianamente noticias informativas de que tal o cual potencia, la Unión Soviética o los Estados Unidos principalmente, han concedido una determinada cantidad en concepto de «ayuda militar» a algunos de los países objeto de este estudio. Es decir, que ese tipo de ayuda, la militar, se viene practicando desde hace tiempo con gran satisfacción por parte de los países que la reciben. Ahora bien, la ayuda militar ¿es la única existente y la más conveniente para el desarrollo de un país pobre? «La ayuda y la asistencia pudieran reducirse a dos formas principales: la pura y simple del dinero, y en segundo lugar, la enseñanza científica. Es decir, la cooperación económica (préstamos, donaciones, etc.) y la llamada hoy "asistencia técnica", que, definida en términos genéricos, podríamos quintaesenciar como la transmisión o comunicación del saber científico. Se trata de una de las formas mayores de la ayuda internacional», afirma Leonart y Amselem con toda la razón, puesto que, en nuestra opinión, si los caudales recibidos por los países del Tercer Mundo para su desarrollo pueden ser empleados en términos distintos del fin para el que fueron asignados—y esto ha sucedido multitud de veces—y se gastan o dilapidan, la ayuda técnica promueve la formación intelectual y profesional de las juventudes, capacitándolas para intervenir activamente en el desarrollo de sus respectivos países. Y esto es una necesidad fundamental, vista la urgencia que tienen de poseer personal técnico capacitado de su propia nacionalidad. Concretándonos a la ayuda financiera, monetaria, que parece ser la preferida por los países del Tercer Mundo, ésta se otorga—aunque con harta cicatería por parte de los países occidentales—no sólo por razones humani-

tarias, que debería ser el principal argumento que moviese a su concesión, sino en virtud de una serie de consideraciones expuestas por un estadista francés, Edouard Bonnefus, al preguntarse: «¿Por qué ayudar a los países subdesarrollados?» Entre ellas cita: impedir que adopten el comunismo; solidaridad internacional; defensa de la democracia; motivos de tipo económico; defensa de la doctrina liberal y creación de mercados de aprovisionamiento y expansión.

Hoy por hoy, conclusión a la que llegamos tras una detenida meditación del contenido doctrinal de estas páginas, casi existe una imposibilidad de índole metafísica de que los pueblos del Tercer Mundo puedan vencer el subdesarrollo: la problemática técnica. «En definitiva, sólo en los países de elevado desarrollo tecnológico—como el que hemos mencionado del Japón—, la agricultura, merced al empleo de semillas selectas, abundancia de fertilizantes y modernos métodos de trabajo, registra considerables incrementos de producción. Los países del Tercer Mundo, por obvias razones, no pueden afrontar los desembolsos que necesitan esas técnicas y no registran aumentos. Es un círculo vicioso de muy difícil solución. Por otra parte, amplias regiones del Tercer Mundo descuidan la producción de alimentos agrícolas en beneficio de los cultivos de exportación (café, algodón, etc.). Así, refiriéndose al África subsahariana, un eminente agrónomo que allí trabajó durante muchos años, René Dumont, escribe: «Los Servicios de Agricultura alentaron hasta 1960 la producción de café. Lo aventuraron demasiado al Norte, en sabana ya seca, donde viene a ser ultramarginal... Este error técnico sólo fue posible merced a la "superprotección"; se deben bloquear los excedentes por haber abusado de esta solución. La sobreprima de la zona franca permitía a los betziminazaraka de la costa oriental de Madagascar ganar cuatro veces más por hora dedicándose al café, trabajo agradable, que al cultivo del arroz, mucho más penoso, e incluso vivir trabajando sólo quinientas horas al año. Numerosos campesinos de Europa han trabajado durante siglos más de tres mil horas al año de duro esfuerzo... Debemos enfrentarnos a una verdadera reconversión de la economía agraria del África tropical, que no debe conservar la óptica del Mercado Común y de los países ricos, sino adaptarse a la de los cambios interafricanos, así como con los países del Este, las otras zonas pobres y el mercado mundial. Si debe aún aumentar sus exportaciones, será preciso también que desarrolle su mercado interno, mejore su alimentación, reduzca sus importaciones y aumente los cultivos de materias primas para la industria, esperando los piensos artificiales y la ganadería intensiva.»

Nos recuerda también el profesor Cola Alberich que la problemática del Tercer Mundo no queda agotada ni mucho menos con las adversidades técnicas, a saber: el Tercer Mundo es víctima del fantasma del analfabetismo, que, naturalmente, coarta muchísimas de sus posibilidades de evolución sociocultural: «Uno de los más graves problemas planteados en el Tercer Mundo consiste en el analfabetismo. De unos 3.632 millones de seres que habitaban el planeta en 1970, 783 millones eran analfabetos, es decir, la tercera parte de los adultos de más de quince años. Aunque el analfabetismo se extiende por los más diversos países y continentes, es en el Tercer Mundo donde se congregan los analfabetos en cantidades abrumadoras. La UNESCO menciona la circunstancia de que el porcentaje de analfabetos se halla en descenso continuo desde el año 1950 y que en 1970 sólo representaba el 34,2 por 100; pero al mismo tiempo no

RECENSIONES

cesa de aumentar el número efectivo, no el proporcional, de analfabetos, debido al incremento demográfico. Es decir, que disminuye el porcentaje, pero aumenta el número real. Por ello se estima que la actual cifra de 783 millones aumentará en 35 ó 40 millones durante el decenio 1970-80.

Por continentes y regiones tenemos que Africa registra el más alto grado de analfabetismo, con el 73,7 por 100 de su población. En los países árabes son analfabetos el 73 por 100, y en Asia, el 46 por 100. En Iberoamérica alcanza altos porcentajes. En la Argentina, por ejemplo—y se trata de uno de los países más instruidos del continente—, según la estadística correspondiente al 31 de diciembre de 1971, en la capital hay 22.825 analfabetos; en la provincia de Buenos Aires, 223.253; en Santa Fe, 103.074; en Córdoba, 125.740. En el Chaco se registra un 22,9 por 100 de analfabetos; en Santiago del Estero, el 23,2, y Corrientes presenta el 25,93 por 100.» Problema, pues, radicalmente condicionante del futuro del Tercer Mundo en altísimo grado, que, evidentemente, es preciso resolver cuanto antes, dado que, en caso contrario, las alas del despliegue permanecen lastradas.

Espigando mucho más detenidamente en el contenido de estas páginas, nos encontramos con la presencia palpable de otros problemas, cuya gravedad es notoria: la inestabilidad política. La razón suprema de esta circunstancia—que ha provocado esta circunstancia—es preciso ubicarla rectamente, y la verdad es—nos lo dice con toda claridad el doctor Cola Alberich—que la descolonización ha creado muchos Estados, pero pocas naciones. Los Gobiernos de los países descolonizados no han intentado practicar una política de aproximación entre los diferentes grupos étnicos y de suavización de las tensiones. Por el contrario, las etnias más numerosas y potentes han procedido, en la mayoría de los casos, a controlar todo el poder, excluyendo a las otras tribus connacionales. Esta monopolización de los resortes administrativos—que frecuentemente comprobaremos en las páginas que siguen—han exaltado los ánimos de los grupos raciales que se consideran marginados, y ello ha sido el motivo determinante de que tan pronto como el Estado ha visto reconocida su soberanía por los Organismos internacionales se hayan desencadenado violentas luchas—frecuentemente armadas y que en ocasiones han llegado hasta la guerra civil—para conseguir su autonomía en ciertos casos o su secesión en otras ocasiones. Los conflictos, derivados de la diversidad étnica, religiosa o lingüística—exacerbados por la falta de tacto de las nuevas autoridades—, han constituido y constituyen, puesto que no cesan de manifestarse, un factor negativo de la más alta importancia para el desarrollo normal de las estructuras políticas y económicas de los jóvenes Estados, quienes, desde el momento mismo de su nacimiento, se han visto perturbados en su normal desarrollo por luchas que consumen estérilmente sus recursos, provocan innumerables destrucciones, dividen a la opinión pública y paralizan el normal funcionamiento de todas las actividades. Si recordamos la creciente hostilidad que en los propios países europeos suscita la presencia de grupos numerosos de extranjeros, puede calcularse la explosiva situación que supone la forzada convivencia de estas heterogéneas comunidades en los Estados afro-asiáticos.

Tratando de recapitular, pues, en muy pocas líneas la esencia del pensamiento sociopolítico y socioeconómico de Cola Alberich en torno de los temas del Tercer

Mundo, podemos llegar a la siguiente e importante conclusión—expuesta por el mismo autor en las páginas postreras de su obra—: la descolonización, cuando menos para el Africa Negra, no ha supuesto la paz: «La descolonización y la subsiguiente transformación de las colonias europeas en naciones independientes y soberanas no ha significado para Africa la paz y la prosperidad que ansiaban sus pueblos. El grito de "Uhuru" (independencia) que clamaban al unísono las multitudes subsaharianas no ha tenido las felices resonancias que esperaban unas masas misérrimas, deseosas de labrar su propio destino en medio de una confortable prosperidad. Guerras tribales—como las que hemos mencionado (Cola Alberich consagra una extensísima parte de su libro al estudio de las más notables)—, genocidios, gobiernos despóticos—más duros que las Administraciones coloniales—han surgido en muchas de esas naciones en el mismo momento en que desapareció el colonizador blanco. Africa, desde 1960, ha presenciado esos espectaculares baños de sangre del Congo, Sudán o Biafra y otros más ignorados, a los que también nos hemos referido. Con estas tragedias colectivas no sólo se han provocado millones de muertos, sino que se han arruinado las economías, sembrando la destrucción y el caos. Estas convulsiones dantescas tienen por consecuencia que una gran parte del continente quede postrada económicamente—al consumir sus débiles recursos en las guerras fratricidas—y que necesita muchos años para recuperar los estragos tan insensatamente cometidos. Puede afirmarse de forma terminante que si Africa no logra transformar sus infraestructuras nacionales, de tal forma que se aleje el fantasma de nuevas luchas raciales de tipo de las que hemos presentado, el continente jamás superará el presente subdesarrollo. La obra de resurgimiento económico de un continente tan generosamente dotado por la naturaleza ha de venir precedida inexorablemente de una pacificación interior, alejando los odios tribales mediante la satisfacción de sus legítimas aspiraciones. Sólo cuando se haya conseguido esa pacificación, necesaria para el fecundo esfuerzo productor, y se haya restablecido la armonía entre los diferentes Estados será posible pensar en el desarrollo económico del continente. La mayor ayuda que puede recibir Africa para su desarrollo es la que se puede proporcionar a sí misma, creando un clima de estabilidad y de fe en su propio esfuerzo. En esta perspectiva Africa tiene la palabra.

El Tercer Mundo, en todo caso, es una especie de caja de sorpresas, puesto que justamente apenas si se ha solucionado un problema cuando inmediatamente ya estamos en presencia de otro nuevo. Hoy, por ejemplo, y conjuntamente con los anteriores, lo más preocupante es el fenómeno subversivo: «Otro de los factores que más perjudican al desarrollo económico del Tercer Mundo es el constante desencadenamiento de insurrecciones armadas de carácter ideológico, muchas de las cuales se vienen manteniendo desde hace muchos años, consumiendo los recursos económicos de estos países y creando grandes devastaciones que los empobrecen aún más. La simple enumeración de todos estos conflictos, verdaderas guerras, que están destruyendo al Tercer Mundo, sería interminable. Desde Vietnam a Uruguay, por ejemplo, raros son los Estados subdesarrollados que no han visto surgir estos movimientos de rebeldía, que, con diversos matices ideológicos y diferentes tipos de actuación, tienen como denominador común la violencia armada, que en ocasiones llega a paralizar el normal funcionamiento de la actividad económica, con lo que aumenta la pobreza de sus pobladores.»

Pero, ciertamente, no acaban todos los problemas en la circunstancialidad que el autor de estas páginas nos enumera. Todavía existe algo más, a saber: la denominada guerra interestatal. «A la interminable serie de conflictos internos (secesionistas o subversivos) que destrozan el Tercer Mundo es preciso agregar, para acabar de completar el panorama, las guerras entre diversos Estados. El Tercer Mundo se encuentra en plena efervescencia bélica, y en estas confrontaciones agota sus débiles recursos, devasta sus países y, en definitiva, dificulta el desarrollo económico y la elevación del nivel de vida de sus habitantes.

Entre otros Estados que son víctimas de esta belicosidad se encuentra la Unión India, que durante los últimos años ha soportado guerras con la China Popular y con Pakistán por cuestiones territoriales, lo que no deja de ser una amarga paradoja.»

Ante este panorama, pensamos, parece lícito el preguntarse: ¿Existe alguna esperanza para los pueblos ubicados en el Tercer Mundo...? El profesor Cola Alberich, muchísimo más optimista que nosotros, puntualiza lo siguiente: el Tercer Mundo posee todavía una sugestiva esperanza: salir a flote con su propio trabajo. «El despegue económico del Tercer Mundo debe proceder, en primer lugar, del propio esfuerzo de sus países, en vez de cifrarlo en la ayuda de las naciones más desarrolladas. Estas sólo concederán una ayuda marginal que, aunque alcance respetables proporciones, se diluye en el inmenso mundo al que van destinadas. Por otra parte, aunque las naciones "ricas" lo sean evidentemente, en modo alguno pueden considerarse como manantiales inagotables de prosperidad. Su bienestar económico se deriva del esfuerzo cotidiano, que debe ser mantenido a un ritmo frenético, y no están exentas de encontrar tropiezos en esta marcha veloz. A pesar de todas las apariencias, también las naciones ricas pasan por momentos de apuro, sin que éstos sean comparables, por supuesto, con los que paralizan a las naciones subdesarrolladas. Por ejemplo, la Gran Bretaña, desde 1946, tiene deudas contraídas con los Estados Unidos por valor de 4.370 millones de dólares —cuya liquidación definitiva no podrá efectuar hasta el año 2003—, y con Canadá, por valor de 1.185 millones de dólares. En 1965, por ejemplo, el Gobierno de Londres, debido a sus apuros financieros, tuvo que diferir el pago de la anualidad correspondiente a 1964 de la deuda contraída con los Estados Unidos y con el Canadá.

Londres ha tenido que proceder a aliviar sus presupuestos en notable proporción de los gastos militares, para lo cual procedió entre otras medidas, a la retirada de sus fuerzas "del Este de Suez".

También los Estados Unidos, el país más rico del planeta, viene acusando estos últimos años síntomas de perturbación financiera, como se demostró en las decisiones adoptadas por el presidente Nixon el 17 de agosto de 1971 con la devaluación del dólar y prolongadas durante las recientes conversaciones con Tokio para reducir el déficit de la balanza comercial, cifrado en 1971 en 3.800 millones de dólares. Las entrevistas Nixon-Tanaka de Honolulu, en agosto de 1972, tenían, entre otros fines, que promover las exportaciones norteamericanas al Japón. Se ha conseguido que el Japón se comprometa a importar 700 millones de dólares más de productos manufacturados y 400 millones de productos agrícolas. Al propio tiempo, Washington viene dando, desde hace años, sustanciales recortes en sus presupuestos militares—pese a que sus gastos de defensa alcanzan sólo el 9,6 por 100 sobre el PNB—, cerrando bases militares por

RECENSIONES

doquier y disminuyendo la ayuda de este tipo al exterior. A pesar de estas medidas, el contribuyente americano soporta una carga fiscal cada vez mayor.»

¿Qué es lo que el Tercer Mundo, pues, tiene que hacer...? El examen de los datos aportados, sugiere el profesor Cola Alberich, nos permite asegurar que el Tercer Mundo, si desea salir del subdesarrollo presente, debe armonizar sus relaciones interiores y externas, suprimiendo los enfrentamientos que tanta sangre y tan cuantiosas devastaciones están originando. Por otra parte, debe tender a agrupar a sus Estados en entidades económicas que, siguiendo el ejemplo de la CEE, potencien sus recursos y formen mercados más amplios que promuevan la industrialización. Para superar los problemas derivados de la fragmentación es preciso implantar sólidas políticas de cooperación entre los diversos Estados. Deben de podar las presentes administraciones, demasiado costosas, y suprimir la corrupción. Es preciso, por otra parte, llegar a una mejor distribución de la riqueza, sin lo cual no tiene sentido el desarrollo económico de los países.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

GÉRARD VIRATTELLE: *L'Algérie algérienne*. Les éditions Ouvrières. París, 1973, 347 pp.

En 1970, la colección titulada «Développement et Civilisations», que en París (Cedex 13) publican las Ediciones Obreras, incluyó entre sus obras un libro verdaderamente excepcional sobre la experiencia nacional de Argelia, como uno de los casos a la vez más esenciales y originales en el desarrollo del conjunto de los países que se ha dado en denominar el Tercer Mundo. El autor de dicho libro sobre la *Argelia argelina*, o sea Gérard Viratelle, habiendo sido corresponsal en Argel del cotidiano parisense *Le Monde* desde septiembre de 1966 hasta octubre de 1969, dedicó la mayor parte de su tiempo y su labor a entrevistarse con un gran número de dirigentes oficiales argelinos responsables de los sectores del desarrollo y expertos internacionales que actuaban sobre el terreno (unas veces, francamente optimistas, y otras, parcialmente escépticos). El resultado fue aquella obra de 1970, en la cual se logró presentar un primer informe completo de los resultados prácticos ya obtenidos.

En 1972 se cumplieron diez años de independencia de la nación argelina, con lo cual (desde la misma Argelia y desde Francia) se pudieron reunir, resumir y exponer unos conjuntos completos de datos sobre la evolución del Estado, el pueblo, la revolución y la planificación. En lo económico y social, una realización importante fue la llamada «descolonización de los hidrocarburos». En la política constructiva, la enseñanza y las empresas públicas, desde 1971 entraron en vigor muchas mejoras positivas. Había que cambiar profundamente las explicaciones sobre *Argelia argelina*, lo cual motivó en 1973 la publicación de una segunda versión del libro de Gérard Viratelle, versión ampliada y reajustada.

La Argelia independiente es ante todo presentada y definida como un país «portador de porvenir». Sus realizaciones tienden a objetivos de experiencias prácticas y concretas, que se ejercen sobre sectores y problemas tan inmediatos como cuidadosamente esca-

nados. Sus gobernantes dan pruebas de una confianza excepcional en los planes de desarrollo que han escogido. Tanto la tenacidad como la buena fe son rasgos comprobados que explican y excusan muchos tanteos e incluso errores. Gérard Viratelle no ahorra ciertas reservas y críticas respecto al esfuerzo argelino, pero hace constar que en todo caso merece una simpatía asegurada.

Una de las líneas esenciales de las explicaciones de Gérard Viratelle consiste en subrayar el interés que representa la aportación de un conjunto de datos fieles y pragmáticos sobre un país que, visto desde fuera, ha sido objeto de un exceso de comentarios apasionados, impulsados por los más diversos prejuicios y partidismos. Tanto durante la guerra de independencia como en la posterior etapa de emancipación humana, las observaciones exteriores han tendido a fijarse sobre las crisis políticas internas del joven Estado más que sobre sus esfuerzos en pro de una organización y un desarrollo adaptados al medio ambiente natural. Gérard Viratelle se ha propuesto presentar un balance completo de los diez primeros años de independencia argelina a través de un plan centrado sobre la pregunta: ¿Dónde va Argelia? Es una interrogación a la cual se trata de responder en diversos sentidos. Ante todo los de las tendencias políticas internas y externas. Además, los de los imperativos demográficos, sociológicos, educativos y los de las planificaciones del desarrollo de las producciones.

Los dos conjuntos de problemas más graves y acuciantes con que tropezaron los dirigentes argelinos, cuando de pronto se encontraron con una independencia duramente adquirida (después de casi ocho años de una contienda desgarradora), fueron los de salvar los programas psicológicos de su revolución y su nueva economía en un país donde no sólo la vida de los habitantes, sino las posibilidades del medio ambiente físico habían sido objeto de trastornos casi totales. El país estaba exangüe, sin dinero y casi sin técnica. Habían quedado desajustados los encuadramientos que la colonización francesa montó anteriormente (sobre todo en beneficio de ella misma). Era urgente crear otros encuadramientos para unas masas de gentes autóctonas que venían estando desarraigadas.

Gérard Viratelle llama la atención sobre el hecho de que entonces, al lado del éxodo de los franceses y afrancesados, el retorno de muchos exilados, las destrucciones consecutivas a la guerra y la anarquía administrativa, hubo la crisis inicial que produjo el montaje de un nuevo Estado. Fue la etapa durante la cual las luchas por el poder y los vacíos parciales de autoridad hicieron desmesurada la empresa del reajuste. Fue entonces cuando algunos *profiteurs* de la independencia se empeñaban en llenar con excesiva prisa los vacíos dejados por el hundimiento de las estructuras colonizadoras. Luego se consiguió con gran trabajo que, con la «argelinización» de varios sectores económico-sociales esenciales, se salvaran varios abismos de angustias en el nivel de vida y en la producción.

La construcción efectiva sólo comenzó después del golpe de Estado dado el 19 de junio de 1965, cuando fue destituido el primer presidente de la República, Ahmed Ben Bella (que había sido elegido en septiembre de 1963) y sustituido por un directorio político-militar, que tenía a su cabeza al coronel Huari Bumedián. El cual viene siendo desde entonces presidente de la oficialmente denominada «República Argelina Democrática Popular».

RECENSIONES

En el libro *L'Algérie algérienne* se hace constar que si Ben Bella fue quien principalmente hizo la revolución, Bumedián quien la prosiguió y la hizo arraigar, poniendo orden en todos los asuntos. El primero obraba frecuentemente con precipitación, pero el segundo se daba una «prisa prudente». Aunque sólo se comenzaron a afirmar los resultados positivos después de 1967.

Cuando se cumplieron diez años de independencia, en julio de 1972, Argelia se encontraba en el punto clave de una nueva etapa de definitivo reajuste. Persiste la inicial fraseología revolucionaria, por la cual siguen definiéndose la mayoría de los nuevos planes de desarrollo, como continuación de una «liberación de las secuelas del colonialismo». Sin embargo, los principales programas en ejecución son sobre todo programas económicos, aunque la conexión económico-política se haya establecido proclamando que las relaciones económicas vinculadas con lo internacional han de estar al servicio del desarrollo. Las nacionalizaciones de los principales intereses franceses y del comercio exterior van paralelas a la intensidad en la acogida y utilización de toda clase de técnicos extranjeros.

Por otra parte, desde Argel se proclama oficialmente que el objetivo principal de la planificación y estructuración nacional es no permitir la creación de núcleos plutocráticos, sino procurar que las mejoras beneficien a la totalidad de la población; es decir, actuar en favor «de la promoción del hombre» (según definición del presidente Bumedián. Y en lo político-interior, el régimen es explicado como «un socialismo de construcción nacional y de orientación islámica».

En el libro de Gérard Viratelle, la marcha general de la evolución actual argelina es expuesta a través de cinco partes sucesivas. Estas tratan de la industrialización como objetivo de la estrategia argelina del desarrollo; la descolonización de los hidrocarburos; la situación de la agricultura; la carrera contra el reloj respecto a los problemas de la demografía galopante; los altibajos del vaivén de la emigración, etc. Por último, las presiones socioculturales de un nacionalismo ardiente, referentes a los sectores de la enseñanza; el mestizaje cultural arabo-francés; la teoría del «socialismo nacional argelino», etc.

A todo ello sigue un apartado especial bajo el epígrafe siguiente: «Où va l'Algérie?» Este se refiere en gran parte a los puntos vacíos de la situación política general y a las contradicciones del desarrollo.

Un renglón muy importante del referido libro es el que alude a los varios sectores más destacados del régimen argelino en su política internacional. Por ejemplo, los referentes a Francia, Europa, el mundo árabe y el continente africano.

Sobre Francia, el mayor vínculo lo constituye el de que el idioma más usado en Argelia para la vida cultural y económica sigue siendo el francés. En cambio, respecto a lo político, la cooperación entre París y Argel tiene altibajos de tensiones permanentes. Desde una y otra parte coexisten unas «intimididades arraigadas y una voluntad de distancia». Sobre la Europa occidental en general existen unos vínculos prácticos muy importantes que se refieren a realidades laborales. Argelia gira en parte dentro de la órbita de la Europa de los Nueve. Existe además la presencia constante en dicha Europa de una masa de casi un millón de trabajadores argelinos, entre los cuales de 500.000 a 530.000 en Francia. Se trata de un ir y venir de gentes que rara

RECENSIONES

vez se quedan para siempre, puesto que con el dinero que ganan regresan para emplearlo en Argelia, aunque es frecuente que regresen a Europa una y otra vez en «emigración golondrina». Según Viratelle, esa emigración constituye una válvula de escape para las presiones geográfica, demográfica y económica. En sentido inverso, Argelia es hoy el primer cliente africano e islámico de la Comunidad Económica Europea.

Con los países árabes del Próximo Oriente, Argelia sólo mantiene unos vínculos fluidos, que Viratelle califica de «intenciones iniciales». Los lazos más estrechos tienden a ser los que se procuran con Marruecos, Túnez, Mauritania (y actualmente Libia), dentro del plan de un «Magreb norteafricano unido», con cincuenta millones de habitantes. Aunque ese plan sea también en parte imaginario. En cambio, respecto a los países tropicales del África negra, Argel mantiene la voluntad de «servir de ejemplo» al sur del Sahara para recoger unas ventajas aún no muy definidas.

En resumen, parece ser que uno de los rasgos argelinos generales que más se ponen de relieve en la etapa presente es el deseo de ganar tiempo para ir completando gradualmente una política del desarrollo, que aún se encuentra con numerosas dificultades. Por ejemplo, en la agricultura, de la cual sacan sus recursos las tres cuartas partes de los habitantes, y con la cual están vinculados más de la mitad de los empleos reales. A pesar de ello, los recursos que se dedican oficialmente a la recuperación y el fomento agrícolas son notoriamente insuficientes. La mayoría de los campesinos viven al día con medios muy escasos. A pesar de todo, se ponen grandes esperanzas en los sistemas que se aplican para la llamada «autogestión», la cual ha proporcionado algunos éxitos positivos. Y otro factor muy peculiar entre los optimistas es el de la labor de la colegialidad. Por ella gran parte de la tarea que han de efectuar los servicios administrativos regionales comarcales y locales se hace por medio de juntas, de asambleas y de grupos de gestión.

RODOLFO GIL BENUMEYA

MANUEL MEDINA: *La teoría de las relaciones internacionales*. Seminarios y Ediciones, Sociedad Anónima. Madrid, 1973, 212 pp.

Las relaciones internacionales como disciplina figura entre las más recientes. Apenas remonta a medio siglo, apareciendo con motivo de la primera posguerra mundial. Surge casi simultáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña. Algunas universidades le darán cobijo y algunas y perdurables instituciones y publicaciones periódicas brotarán por su causa. Surgir como disciplina significa surgir como especialización; pero los relacionistas internacionales como tales estaban ausentes. Durante décadas las relaciones internacionales como especialización será un virtual monopolio norteamericano, cuya influencia sigue siendo hoy notoria, por no decir decisiva.

El que el periplo de la disciplina haya sido breve no significa que no haya sido accidentado. A falta de especialistas verdaderos, juristas, filósofos, historiadores, políticos y sociólogos (y no acabaría ahí la lista) han tratado de hacerla prisionera,

RECENSIONES

anclándola o interpretándola desde su propio ámbito. Pero lejos de descuartizarla con tantos tirones, muchos de estos especialistas han reconocido que sólo pueden comprender una parte de ella o un aspecto de su planteamiento. La vida ajetreada la ha llevado hasta reformularse la razón de su ser y de su existir. ¿Es *per se* o depende de la gracia que otras disciplinas, confabuladas o en solitario, quieran otorgarle? Configurándose, desfigurándose, remodelándose continuamente, hoy las relaciones internacionales son algo de que ninguna enseñanza superior sería puede prescindir y tal vez aún menos abordar amateurísticamente.

En todo este planteamiento y en estos intentos de aprehensión tentacular, los conductistas (behavioristas) han llegado los últimos y han irrumpido brutalmente. Las técnicas matemáticas, junto con el uso y abuso de ordenadores y computadores, han tratado de apropiarse de la materia, descartando todo lo demás o, en todo caso, cuantificando también todo lo demás.

Tanto ritmo y cierto vaivén ha terminado con cierto agotamiento de los contendientes, moderando sus impulsos y reconociendo en cierto modo las razones del contrincante. Más que a cierto eclecticismo o simbiosis se ha llegado a un cierto reparto de competencias o interpretaciones en el polifacético campo de las relaciones internacionales. Pero el aparente reposo o moderación puede que sea una recuperación de fuerzas para futuros embates. Sin embargo, tanta pugna, aparentemente estéril, ha enriquecido a la disciplina. Tantas aproximaciones amorosas hubieran podido dar al traste con ella; pero el gran recurso es que con escuelas confrontadas o sin ellas el mundo sigue andando, y si este mundo no es estudiado por las relaciones internacionales, otra disciplina tendría que hacerlo. Disciplinar a los disciplinarios es más urgente para ellos que para la disciplina. En un mundo que no se está quieto y que se ha hecho definitivamente y a todos los efectos planetario, las relaciones internacionales se han terminado por incorporar al pan nuestro de cada día.

Aun quebrantado el monopolio anglosajón, lo cierto es que los especialistas no han proliferado en demasiados países, y allí donde lo hacen el modelo americano (o los modelos) resulta demasiado tentador para no seguirlo. Francia, posiblemente, sería la gran excepción. En nuestro país las relaciones internacionales como especialización apenas si ha penetrado y aun así tardíamente. Escuela Diplomática aparte, y muy recientemente en los cursos de Sociología Política del Instituto de Estudios Políticos, las relaciones internacionales sólo se han venido impartiendo en la Facultad de Ciencias Políticas de Madrid, única en España, junto con el Derecho internacional público. De estas materias es profesor agregado el autor de este magnífico libro. Como bien hace constar en la introducción, «la aportación doctrinal española a la teoría de las relaciones internacionales es muy reducida». En realidad, sólo cita dos nombres: el del reconocido maestro que es el profesor Antonio Truyol, a cuyo cargo corre el enjundioso prólogo de esta obra, y el de don Luis García Arias, fallecido hace poco.

Manuel Medina aborda la temática desde la teoría, no desde la práctica; pero, en realidad, lo que presenta son diversas y más importantes teorías presentes y menos presentes de las relaciones internacionales. El libro tiene no poco de prodigio, en el sentido de haber logrado en tan reducido espacio (es libro de bolsillo) una visión amplia, densa, crítica y clara de la temática que estudia. No sólo no añade confusión

RECENSIONES

al «*maremagnum* académico» existente, sino que hace de este libro un instrumento de trabajo imprescindible para el estudiante que quiera indagar con rigor el cuadro doctrinal en que se albergan las relaciones internacionales, pero también un punto de referencia para el estudioso e iniciado en la materia.

La competencia y serenidad del profesor Medina quedan puestas reiteradamente de relieve a lo largo de los once apretados capítulos, presentando el anverso y reverso de las diversas posiciones teóricas, criticando, a veces sin contemplaciones, ciertos aspectos que, por forzar lo científico, derivan hacia lo estrafalario o lo irrelevante. En tal sentido la influencia Dougherty y Pfaltzgraff, Jr., parecen evidentes. Así, por ejemplo, no duda en afirmar: «la gran debilidad de los estudios cuantitativos de las relaciones internacionales (...), los acontecimientos decisivos no pueden ser generalizados por depender de factores arbitrarios y no regularizables»; o bien más adelante: «Las relaciones internacionales, como toda ciencia social, necesitan recurrir todavía a categorías *verbales* que no pueden ser sustituidas por cifras». Hay que afrontar la realidad. Puede que el «escapismo» de ciertos teóricos norteamericanos sea el resultado de un «sentimiento de impotencia». Pero la grande y rotunda afirmación es ésta: «El teórico de las relaciones internacionales debe tratar, todo lo más, de describir y explicar las relaciones internacionales e incluso criticar la conducción de la política exterior. Las pretensiones de ingeniería social en este terreno son exageradas y peligrosas, pues la *praxis* de la política, interior y exterior, está en la calle y no en el laboratorio.» «El teórico de las relaciones internacionales puede indicar posibilidades, tendencias y objetivos, pero su tarea más útil consiste en teorizar y criticar más que en planificar.» ¿Son entonces los teóricos sólo directores espirituales o predicadores en el desierto? Yo opino como el profesor Medina, aunque creo en las excepciones que confirman la regla. Contrastemos a R. MacNamara y H. Kissinger. El primero hacía ciencia con el computador y se sumergió hasta el cuello en Vietnam; el otro ha hecho «ciencia» con la intuición y, entre otras cosas, ha sacado a USA de Vietnam. Lo cual no es garantía de que la intuición falle la próxima vez. Porque, como bien dice el autor, en relaciones internacionales siempre hay que contar con el otro lado, lo que en un mundo planetario significa los otros lados. Y en estos otros lados también hay intuiciones y ciencia.

TOMÁS MESTRE

J. C. PUIG, C. J. MONETA, C. PÉREZ LLANA Y A. J. L. CARELLA: *De la Dependencia a la Liberación. Política exterior de América Latina*. Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1973, 309 pp.

Señalan los autores en la introducción que sirve de pórtico a la presentación del trabajo que nos ocupa, que los fenómenos de dependencia, marginalidad, desnacionalización, integración y autonomía entre otros, han merecido la atención predominante de estudiosos e investigadores, en los últimos años, pero la tarea no ha finalizado, más bien está en sus comienzos, requiere la posesión de marcos teóricos generales. No esca-

RECENSIONES

pa tampoco a su agudeza, que el tema de América Latina, común denominador de estos esfuerzos, constituye una preocupación prioritaria de los investigadores en ciencias sociales, y la misma extensa y variada diversidad interpretativa a la par de enriquecer los aportes y las perspectivas, en ocasiones confunde y desorienta.

A su juicio, los macro-procesos históricos necesitan el estudio de casos, de las especificidades nacionales, de la interpretación de los fenómenos de interdependencia, y específicamente de las relaciones internacionales a nivel regional y extrarregional. El planteo de tal necesidad queda descartado por clara evidencia, y su oportunidad resulta insoslayable, en el actual momento, en que América Latina pretende desempeñar papeles mediadores y hasta protagónicos, en un mundo que le ofrece cada vez mayores posibilidades de inserción autonómica.

En este volumen se recogen cuatro ensayos debidos a Juan Carlos Puig, Carlos Juan Moneta, Carlos Pérez Llana y Alfredo J. L. Carella, que encaran el análisis de la temática externa latinoamericana, a través del estudio de las políticas de Brasil, Uruguay, Perú—en el caso particular de la nacionalización de la International Petroleum Company, uno de los antecedentes del actual proceso revolucionario peruano—y del panamericanismo como subsistema regional dentro del cual se manifiesta la política del poder estadounidense con respecto al continente sudamericano.

Perú merece una atención particular, y por ello se estudia específicamente un caso muy significativo, que signó la política exterior del Gobierno Militar y permite desentrañarla en base a definiciones concretas. El trabajo se encara bajo el título «El caso de la International Petroleum Co.», y es autor del mismo el profesor de Derecho Internacional Público Juan Carlos Puig. El estudio efectúa un análisis del caso y sus repercusiones, con la metodología típica *goldschmidtiana* en torno a la estructura tridimensional de mundo jurídico, que consiste en someter cualquiera de los fenómenos jurídicos al triple tratamiento sociológico, normológico y dicológico.

Desde el punto de vista normativo, el profesor Puig, dilucida el caso, tanto tomando en cuenta el derecho peruano—interno—como el derecho internacional. A la luz de esta sistemática considera que la expropiación del complejo de Talara en sí, no despierta mayor objeción legal, pero en cambio no resiste al análisis normativo la pretensión peruana de cobrar a la compañía una suerte de indemnización por el petróleo extraído «ilegalmente» hasta el 9 de octubre de 1968. Resume su argumentación sosteniendo que «si la compañía ha hecho inversiones que deben ser indemnizadas y por su parte no ha pagado impuestos—los que hubieran correspondido si hubiera operado como cualquier concesionario—en el fondo no puede darse otra cosa que un ajuste de cuentas entre el Estado—socio putativo de la explotación—y la compañía. La deuda de IPC (International Petroleum Co.) con EPF (Empresa Petrolera Fiscal), por entrega de nafta y derivados, no suscitan, a criterio del autor mayor objeción, se trata de una deuda comercial que, por consiguiente, puede ser objeto de ejecución.

Planteada y resuelta la problemática normativa respecto al derecho interno, Juan Carlos Puig se pregunta acerca de la legalidad con arreglo al Derecho internacional de la actitud adoptada por el Gobierno peruano. El análisis sigue los mismos lineamientos explicitados anteriormente. Con respecto a la expropiación, la discrepancia quedaría

establecida en el «problema de la indemnización, por cuanto para que la expropiación pueda considerarse legal, según la norma internacional, debe ser «pronta, adecuada y efectiva». Pero más allá de la indemnización en cuanto procedimiento administrativo, la discrepancia se plantea en los montos, litigio bastante corriente en esta materia, cuya culminación debe estimarse como probable, máxime si existen negociaciones entre los representantes de la IPC, y el Gobierno peruano.

Para el autor, la demanda por la indemnización de los «adeudos» derivados de la explotación presuntamente ilegal, parecería que en principio infringe el derecho internacional. Normológicamente—nos dice— no hay duda de que vulnera derechos adquiridos y atenta contra el derecho de propiedad extranjera. Los diversos actos internos y los de carácter internacional deben reputarse vigentes, tanto en sentido dinámico formal como respecto a su contenido, y en particular el compromiso arbitral y el acuerdo de arreglo. A mayor abundamiento cualquier duda sobre la legalidad quedaría disipada por la ley 7511 de 25 de abril de 1932, por la cual el Congreso solicitaba al Poder ejecutivo la revisión del laudo. La Cámara de Diputados por su parte se había pronunciado en el mismo sentido en 8 de octubre de 1923, luego de una interpretación al canciller.

La investigación sociológica lleva a plantear al autor las características de los regímenes—órdenes de repartos—peruano e internacional en el momento en que se adoptaban las mencionadas decisiones, que beneficiaban a la IPC, y también al funcionamiento del régimen internacional en el actual momento. Antes de la expropiación la respuesta para Juan Carlos Puig parece clara: «resulta difícil hablar de un régimen peruano». El observador duda incluso de hablar de imperialismo. Las reclamaciones diplomáticas se llevaron a cabo teniendo aún la compañía expeditos los recursos jurisdiccionales peruanos y con una altanería que hacía pensar en quien da órdenes a un subordinado.

Por otra parte, el régimen de la comunidad internacional—señala Puig—en el período contemplado era incompatible con el surgimiento de sociedades nacionales con autonomía de decisión. Los estados periféricos para nada contaban en la adopción de decisiones incluso con respecto a aquellas que les atañían directamente. Prosigue el autor su análisis, de las condiciones imperantes, tanto del régimen peruano como del internacional en la época contemporánea. Con respecto a Perú, la década del 20, y la fundación de APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), representa el momento en que se inicia la «peruanización», en tanto significa una reflexión del país como sociedad nacional que desea hallar su propia vía de desenvolvimiento. Idea que habría de cristalizar en otros movimientos políticos, y finalmente en la revolución de 1968, del gobierno militar surgido de ese acontecimiento.

En cuanto a la situación internacional, el profesor Puig deduce conclusiones brillantes de la actual coyuntura política, ya anticipadas en estudios anteriores de investigación, deduciendo en resumen que «debido a las nuevas reglas imperantes en la comunidad de las naciones, la potencia dominante está dispuesta a tolerar determinadas heterodoxias, siempre que ellas no lleven consigo el riesgo de secesión». Tolerancia que es particularmente destacable en el caso de los Estados Unidos, obligados por su

RECENSIONES

propia legislación interna a la aplicación de medidas coactivas contra los países que de alguna forma perjudicaren propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos, conocida en la práctica como «enmienda Hickenlooper».

La no aplicación en el caso peruano de la enmienda, motiva a preguntarse por el porqué de tal postura. Entre otras varias buenas razones, Puig sustenta una que hace a la técnica política y por la cual un Estado no puede atar sus manos mediante normas rígidas en asuntos vitales. Al mismo tiempo y complementariamente, señala la pérdida de poder relativo como grupos de presión de las empresas primarias, en relación con las manufactureras o de transformación, situación que puede considerarse incluso desde un planteamiento estadístico, especialmente a partir de la década del 50.

Analizado el caso desde el punto de vista de la justicia—el doctor Puig—, aborda finalmente dos aspectos importantes: la expropiación de la hacienda de la Brea y Pariñas y la nacionalización de la destilería de Talara. En el primer caso, el autor, siguiendo la terminología de Werner-Goldschmidt, habla de un «desfraccionamiento». El tratamiento favorable logrado por la compañía afectaba a la obtención de recursos que legítimamente correspondían a la economía peruana, debido a la influencia decisiva de las metrópolis sobre las clases gobernantes peruanas. Surgida la revolución peruana, tal situación, que injuria a la justicia, infesta igualmente el reparto de injusto desde el mismísimo momento de su realización». Lo que tal vez normológicamente debiera continuar no resiste a la valoración de la justicia. Parece en consecuencia justificada la expropiación, radicándose el problema específicamente en la indemnización. Aun en tal sentido Puig sostiene que «el desfraccionamiento puede consistir válidamente en el cese de la producción de efectos de una situación jurídica que se considera injusta». Apoyándose en su maestro, Goldschmidt, entiende que en este supuesto la retroactividad es inherente al juicio de desvalor y justifica el hecho de que la expropiación se realice sin indemnización. Otra solución apuntada por el autor es la de exigir un ajuste de cuentas-pago de impuestos no pagados contra inversiones realizadas por la IPC. En otro aspecto y respecto a la nacionalización de la destilería de Talara, el autor descarta la indemnización del lucro cesante.

El más extenso de los trabajos recogidos en el volumen corresponde al doctor Carlos Juan Moneta, y lleva por título «La política exterior del Brasil» (pp. 55-183). El propósito del autor se encamina hacia la consideración de un análisis que permita señalar las principales orientaciones de la política exterior brasileña, de modo especial a partir de la primera guerra mundial, destacando los planos de continuidad y de cambio provocados en su formulación y materialización por la evolución del proceso político, socio-económico y militar y las profundas transformaciones del sistema internacional y del subsistema americano.

Siguiendo un itinerario histórico, el doctor Moneta comienza por considerar la política exterior brasileña hasta el Barón de Río Branco, plantea las premisas del accionamiento en América, en el inicio del siglo XIX, y sus relaciones con Europa y los Estados Unidos. En síntesis, sostiene que «la política formulada por Brasil para América Latina, durante el siglo XIX, se basó en la solución de problemas territoriales por el arbitraje

internacional y la negociación diplomática, el mantenimiento del *statu quo* continental—una vez satisfechos sus intereses—, la sacralización del principio del *uti possidetis*, el intervencionismo y la oposición a la formación de bloques políticos, económicos o militares en América Latina, cuando estos pudieran significar una amenaza u obstáculo para la materialización de sus objetivos».

La nueva política exterior brasileña, que se impone con Río Branco, y lo que ella significa para Brasil, consolidación y ampliación de sus fronteras territoriales, estrecha vinculación con Washington, prestigio internacional coherente con los deseos de obtener un liderazgo latinoamericano, son expuestos en rápidas pinceladas, de ajustado y claro encuadre descriptivo. Considera en el período comprendido entre la creación de la República y la fecha clave de 1930 una serie de importantes fenómenos políticos, sociales y económicos, que se presentan en Brasil, expansión de cultivos, migraciones internas, arribo de fuertes contingentes de inmigrantes europeos, factores movilizantes de una urbanización creciente, y que en su conjunto integran el marco típico del denominado «ciclo del café». La nueva constelación política en torno al Estado de San Pablo, con Minas Gerais, y más tardíamente Río Grande, el ascenso de Vargas y la creciente participación del militarismo, son variables de una nueva dimensión política que Moneta estima correctamente.

Rápidas y ajustadas connotaciones sirven al autor para situar los más importantes hitos en la evolución política brasileña, a través de los períodos comprendidos en las fechas 1914 a 1955. Merecen consideración detenida del estudio reseñado la guerra del Chaco, la política exterior brasileña durante la Segunda Guerra Mundial (1938-1945), el gobierno del general Dutra (1946-1951), el segundo período de Vargas (1950-1954), el gobierno del presidente Kubitschek (1956-1961) y la formulación de la nueva política independiente de Quadros y Goulart, bruscamente interrumpida el 2 de abril de 1964.

Tiene importancia destacar el estudio dedicado a la revolución militar brasileña, y las diferentes pautas que tipifican lo que el autor denomina científicamente como «modelo brasileño», comenzado a materializarse con Castelo Branco y profundizado con Costa e Silva, interpretación que permite acercarse al nudo de los problemas del desarrollo asociado aceptado por Brasil, como técnica de su avance como potencia mundial. Moneta profundiza en los fundamentos de la política exterior brasileña de la revolución de 1964—asociación dependiente, bipolarismo y geopolítica de expansión—y entronca la actual orientación con la formulación doctrinaria de Couto e Silva, en su fundamental obra *Aspectos geopolíticos de Brasil*, de reconocida influencia en la fijación de los grandes lineamientos que orientan al Gobierno Militar de Garrastazú Medici.

Esta última parte del trabajo entendemos que es la más valiosa. Hay un encuadre de la actual situación geopolítica brasileña; en una caracterización precisa, un estudio de los nuevos mundos de África Atlántica y Antártida como fronteras de seguridad para Brasil; una fijación de los objetivos para la nueva concepción de la seguridad y la política exterior, e inclusive la consideración breve pero ajustada de una geopolítica brasileña en la cuenca del Plata. El trabajo termina con un esbozo sobre el Brasil y el futuro de América Latina.

RECENSIONES

El tercero de los trabajos recogidos en el volumen que reseñamos se debe a Carlos Pérez Llana y lleva por título «Perú, en el sistema mundial y regional». Caracteriza al modelo político peruano como «nacional-popular», con las siguientes notas típicas:

a.1. Preponderancia del sector militar en todos los órdenes y aspectos.

b.1. Apoyo popular, canalizado con anterioridad por un partido de signo populista, el APRA, de Víctor Raúl Haya de la Torre.

c.1. Política de nacionalizaciones.

d.1. En el modelo peruano no se observa la presencia de un líder carismático—factor esencial en un modelo populista—y la responsabilidad es asumida, por el contrario, en forma total por el Ejército, que en última instancia recibe las muestras de apoyo popular.

e.1. La revolución peruana no se enrola en ninguna de las formas antitéticas que pretenden monopolizar las opciones liberalismo-comunismo, a diferencia del modelo populista que mantiene el sistema institucional demoliberal burgués (parlamento, partidos políticos, elecciones).

f.1. Se aprecia en el caso peruano, como nota contraria a la que se observa en los modelos populistas, la presencia de equipos que a nivel de asesoramiento marcan cierto tipo de impronta tecnocrática (especialmente el Centro de Altos Estudios Militares, CAEM).

g.1. Toda la estructura militar se vuelca en la experiencia de la revolución (los modelos populistas no consiguen el apoyo de todos los sectores de la estructura militar).

h.1. En el actual sistema peruano el Gobierno militar trata de contemplar los dos términos de la ecuación distribución de bienes con acumulación de capital, rompiendo un peligroso cuello de botella en la evolución de los sistemas populistas clásicos, que contemplaban políticas de distribución a corto plazo que resultaban perjudiciales a largo plazo por la imposibilidad de su capitalización.

i.1. El Estado se reserva la creación de una industria de base, y el rol principal en lo que hace a la industria pesada. La retracción del sector industrial en los primeros años parece revertida por la inversión de 700 millones de dólares para 1971, de acuerdo a las normas establecidas por el Gobierno militar.

j.1. El modelo peruano avanza en relación al esquema populista y rompe los mecanismos internos y externos de vinculación y dependencia.

Como resumen de estas diferenciaciones y características, el actual régimen peruano se concreta en un modelo propio de sociedad que trata de superar las antinomias capitalismo *versus* comunismo en un tipo de sociedad singularizada, justa y solidaria, principios generales que se encuentran plasmados en líneas generales en los últimos documentos pontificios.

Desde esta fijación esencial, Carlos Pérez Llana examina la revolución peruana en su contexto externo y, en primer término, las relaciones con la potencia hegemónica y sus tensiones (acuerdo con los ingleses para la compra de 16 aviones supersónicos *Lehting*, compra de *Mirage* y tanques *AMX* en Francia, nacionalización de la IPC y la no aceptación por parte de Washington de la tesis de las 200 millas de extensión

RECENSIONES

de las aguas territoriales). Pasa a considerar las relaciones del Perú en la región continental sudamericana—pacto andino (Chile, Colombia, Bolivia), Brasil y Argentina— y la inserción en el sistema internacional—Europa occidental (Alemania occidental, Italia, Holanda, Gran Bretaña), Europa oriental (Yugoslavia, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, URSS) y Asia (Japón, China continental).

Finalmente, en lo que hace a la caracterización de la política exterior peruana, la considera inserta en las premisas básicas de los países «no alineados». Para el autor, no se trata de reaccionar simplemente frente a las potencias, ni tampoco subyace la idea de conformar una tercera fuerza, planteo que no considera corresponde al concepto técnico de la no alineación. Más allá de la apreciación política hay una concepción de orden axiológico que trata de perfilar, en contornos no definidos del todo, una concepción solidarista en las relaciones entre los pueblos y los Estados.

Alfredo J. L. Carella, en el último de los trabajos que integran el volumen, realiza un interesante estudio de las relaciones internacionales del Uruguay con el título «Aspectos básicos de la política exterior de Uruguay. Aproximación para un análisis del sistema» (páginas 218-302).

El propósito declarado del autor es «tratar de aplicar parcialmente los elementos que nos brinda el análisis sistemático que consideramos valioso y la sociología de las relaciones internacionales al estudio de las distintas variables condicionantes de la política exterior de Uruguay». Plantea desde esta perspectiva una metodología que sitúa a Uruguay como un actor principal que participa de tres sistemas de relaciones internacionales íntimamente vinculadas entre sí: el sistema del área del Plata, el sistema americano y el sistema mundial.

Partiendo fundamentalmente de los elementos básicos de análisis proporcionados por Rosencrance (*Action and reaction in world politics*, Toronto, 1963, en especial los capítulos XI y XII), el autor detecta las categorías básicas que operan los mecanismos estructurales, que interactúan y condicionan el funcionamiento de cada uno de los sistemas enunciados. Entre ellas destaca el carácter de las élites de cada Estado, el control que ejercen sobre sus recursos y el papel que desempeñan como fuentes de regulación o de disturbios en el orden internacional. Con esta metodología abarca el estudio del sistema del Plata, que desdobra en tantos períodos como cambios fundamentales han sido producidos en la actividad de los agentes reguladores y perturbadores.

El sistema en su conjunto comprende nueve períodos diferenciados: 1. Falta de armonía (conflicto bélico), 1825-1828. 2. Complementariedad (asociación), 1828-1836. 3. Disensión generalizada (lucha civil e internacional), 1836-1851. 4. Complementariedad (¿asociación compulsiva?), 1851-1870. 5. Armonía relativa (competencia), 1870-1935. 6. Armonía absoluta (solidaridad), 1935-1941. 7. Disensión parcial (guerra fría limitada), 1941-1955. 8. Armonía absoluta (solidaridad), 1955-1968. 9. Disensión (tensión), 1968-1972. Cada uno de los capítulos recoge una elaborada síntesis de los acontecimientos trascendentes en el orden político y sociológico, que sirven al autor para formalizar las conclusiones al sistema considerado. Como primer acercamiento a una metodología

RECENSIONES

aplicada en forma creciente en los Estados Unidos, pero descuidada por los analistas políticos latinoamericanos, el trabajo merece que se continúe y constituye un excelente acercamiento a la moderna técnica de investigación señalada.

Los cuatro trabajos que integran el volumen, desde sus distintas interpretaciones y métodos de investigación constituyen —aunque desigualmente— análisis de aspectos importantes de nuestro mundo político, rescatan un aspecto con frecuencia olvidado —el de las relaciones internacionales de la región, en el que no abundan los estudios globales sobre esta temática fundamental y más allá de sus aciertos o limitaciones—, pervive un planteo esencial para América Latina, que sin duda habrá de consolidar el acervo científico al tratamiento de las cuestiones vinculadas a la interpretación del fenómeno de la interdependencia en los niveles regionales y extrarregionales.

El libro constituye una excelente muestra de arte tipográfico y de cuidada y seleccionada composición cromática.

José ENRIQUE GREÑO VELASCO

ALONSO AGUILAR MONTEVERDE: *Problemas estructurales del subdesarrollo*. Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad Nacional Autónoma, México, 1973, 336 pp.

Siguiendo la pauta ya marcada por otros muchos autores que, en su momento, se ocuparon de analizar la misma problemática sociopolítica, lo primero que el profesor Aguilar Monteverde destaca y, consecuentemente, merece toda su atención es el tema que podríamos denominar —feliz denominación— el antagonismo imperante en América Latina. En la economía latinoamericana hay sin duda «áreas oscuras», hay zonas atrasadas y aun primitivas que coexisten con sectores de economía más o menos modernas; pero sus relaciones no son, como algunos autores pretenden, unas según las cuales el sector moderno vaya poco a poco contribuyendo a librar al otro sector del atraso y la pobreza por efecto del mero desarrollo de un capitalismo que nada tiene que ver con el hecho de que millones de seres humanos vivan a niveles de subsistencia. En algunos aspectos, el sector moderno contribuye a liberar al otro del atraso, pues si en el sector precapitalista no se acumula capital, ello obedece a la forma despiadada en que se explota su mano de obra barata y a que, si bien la producción deja un excedente más o menos pequeño, pero susceptible de reinvertirse, tal excedente se sustrae permanentemente por el sector capitalista y a la postre contribuye a acentuar la dualidad y a exagerar los contrastes y deformaciones en la estructura económica.

Naturalmente, circunstancia obligada, el autor hace referencia a algunas de las principales causas del subdesarrollo latinoamericano: «Pretender que el atraso es el resultado directo del bajo ingreso y de la limitada capacidad para ahorrar; atribuir, a la inversa, a esta insuficiente capacidad de ahorro el bajo volumen del ingreso, o relacionar ambas cuestiones, en lo que Myrdal llama la «noción vaga» del círculo vicioso del subdesarrollo, no es por cierto un gran avance ni una sólida base desde la cual se pueda intentar una explicación teórica medianamente satisfactoria. Los problemas de

RECENSIONES

fondo en que una teoría del subdesarrollo debe, a nuestro juicio, centrar su atención son otros: explicar, por ejemplo —y no mediante meras tautologías—, por qué el ingreso y el ahorro son bajos, por qué se desaprovecha o subemplea crónicamente una parte sustancial de potencial productivo, por qué el proceso de acumulación de capital tiene los caracteres que tiene, por qué a los países pobres toca la peor parte en las relaciones económicas internacionales, y hasta dónde los factores determinantes del subdesarrollo son accidentales, pasajeros, de carácter formal o cuando más institucional, o son en realidad fenómenos en los que se expresan, por un lado, la interacción de las fuerzas productivas y el marco social en que se utilizan el potencial humano, la técnica y los recursos materiales, y del otro, las condiciones históricas que han moldeado la estructura del subdesarrollo.

La economía latinoamericana de hoy no es lo que es por casualidad. La explicación de su atraso no se halla en el presente o siquiera en la estrecha perspectiva de lo ocurrido en las últimas décadas. Para entender sus causas profundas y poder superar los obstáculos más tenaces al desarrollo es preciso hurgar en el pasado y tratar de reconstruir el proceso histórico que en los últimos cuatro siglos determinó que, mientras unos países se industrializaran, muchos más quedaran a la zaga y aun se convirtieran en víctimas del desarrollo.»

No nos atrevemos, en rigor, a considerar que estas páginas que el profesor Aguilar Monteverde nos ofrece constituyen una aguda crítica del célebre programa *Alianza para el Progreso*. En todo caso, como el futuro lector de las mismas podrá comprobar, este tema obsesiona al autor. La verdad es que acaso no le falte la razón: no hay un tema de aquellos que en los últimos años han atraído mayor la atención pública en América Latina que haya podido superar el impacto de la *Alianza para el Progreso*. Por otra parte, como es bien sabido, a ningún otro se le ha rodeado de tamaña publicidad. Por eso mismo, subraya el autor, no pasa un día en que los periódicos y revistas del continente no hablen de lo que, en ese enigmático y ahora común lenguaje de las siglas, ha dado en llamarse la ALPRO. En todas partes se la menciona: en declaraciones de funcionarios de gobierno y hombres de empresa, en reuniones políticas y sindicales, en conferencias y mesas redondas. Tan sólo en los últimos meses se han escrito sobre la Alianza decenas de miles de cuartillas y dedicándose a ella millares de toneladas de tinta y papel.

Pero, a pesar de esa masiva e inusitada propaganda, la mayor parte de la gente no sabe aún qué es la famosa Alianza. Y no lo sabe porque mucho de lo que hasta ahora se ha dicho sobre ella carece de objetividad y no deriva de un examen más o menos riguroso de lo que es este nuevo y vistoso instrumento de acción interamericana. Mientras algunos comentaristas, críticos y divulgadores de la ALPRO se limitan a repetir lugares comunes y afirmaciones convencionales en favor de ella, otros se quedan en el señalamiento simplista y un poco dogmático de que la Alianza es un instrumento de penetración extranjera y de explotación de los pueblos latinoamericanos. En tal virtud no es extraño que muchos se pregunten: ¿En qué consiste en verdad y cuál es la importancia de la ALPRO? ¿Será realmente el mejor o incluso el único camino del progreso para los pueblos latinoamericanos? ¿Será ésta la «revolución de las crecientes

esperanzas», como entusiásticamente se declara en Estados Unidos, o será un nuevo callejón sin salida o un engañoso espejismo que a la postre sólo lleve al desencanto y la frustración?

El autor no se olvida de señalar que, quiérase o no, el referido programa ha suscitado una honda influencia: algunos consideran que a la ALPRO corresponde el mérito de haber influido para que cada país planifique su desarrollo y elabore programas nacionales. La convicción, cada vez más extendida, de que el desenvolvimiento económico de Latinoamérica no habrá de producirse en el marco y bajo las condiciones que hicieron posible el desarrollo a partir de la revolución industrial ha influido para que se vean con interés y simpatía los intentos de programación, máxime cuando nuestros pueblos tienen—especifica el autor de las páginas que ocupan nuestra atención—conciencia de que en cada uno de los países de América hay anarquía y desperdicio de riqueza y recursos humanos y de que, por encima de discusiones especulativas, de prejuicios y temores, debe asegurarse un mínimo de racionalización al esfuerzo productivo. Hasta ahora, sin embargo, sólo unos cuantos países han formulado programas conforme a la Carta de Punta del Este, y si ello es ya revelador, más significativo es el carácter de los programas puestos a consideración de la OEA.

¿Cuál es, en verdad, la perspectiva real de la *Alianza para el Progreso*? Quienes hablan y escriben en favor de la ALPRO muestran un visible y a veces desmedido y sospechoso empeño al señalar su carácter «multilateral», «latinoamericano» y «revolucionario». «Vamos a transformar de nuevo el continente americano—dijo, por ejemplo, el presidente Kennedy al lanzar la Alianza—en un crisol de ideas y de esfuerzos revolucionarios..., vamos a reanudar nuestra revolución americana y afirmar el imperio del valor, de la libertad y de la esperanza en el porvenir del hombre.» Y Raúl Prebisch, por su parte, ha recordado en varias ocasiones el origen latinoamericano de muchas de las ideas de la Alianza y expresado el temor de que tales ideas se presenten como «concebidas en Estados Unidos».

El incansable y hábil Teodoro Moscoso, que a cada momento repite que la Alianza «es una revolución pacífica», ha afirmado enfáticamente: «El éxito de la Alianza dará lugar a profundos cambios en la vida de América Latina. La estructura tradicional de las clases no podrá sobrevivir. La profunda diferencia que prevalece entre los pocos que viven en la opulencia y los muchos que subsisten en la miseria no podrá persistir.» Y el Comité de los Nueve ha reiterado que la Alianza no es un programa impuesto por los Estados Unidos, sino un conjunto de ideas latinoamericanas aceptadas por Estados Unidos. «La Alianza para el Progreso—han insistido una y otra vez los expertos de la OEA—es una revolución», y «este carácter revolucionario es un hecho reconocido por los Estados Unidos».

Una cosa, pues, está bastante clara, a saber: que gracias al programa de la *Alianza para el Progreso* los Estados Unidos están presentes en la política de la generalidad de los países que integran América Latina: «La política de Estados Unidos hacia Latinoamérica tiene atrás una huella que no puede borrarse. Después de la etapa de la «buena vecindad», que el presidente Roosevelt impulsó en el marco de un programa democrático interno y de una lucha resuelta contra el fascismo, de Norteamérica hemos recibido presiones, interferencias, bajos precios, macartismo, préstamos «atados», inver-

RECENSIONES

siones que desvían y frenan nuestro desarrollo y palabras retóricas en defensa del llamado «mundo libre» y de la empresa privada. En 1946, o sea, en el momento mismo en que terminaba la guerra más sangrienta que la humanidad ha conocido, Winston Churchill lanzó desde Estados Unidos la política de la «guerra fría», y sus efectos sobre Latinoamérica no se hicieron esperar: en 1947 hizo su entrada triunfal en Río de Janeiro y se plasmó en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca; un año después la política de «guerra fría» se dejó sentir en Bogotá, y la lucha contra una supuesta «conspiración comunista internacional» adquirió nuevas formas en Washington en 1951 y en Caracas en 1945, hasta culminar con la «gloriosa victoria» de Foster Dulles y Castillo Armas sobre la revolución guatemalteca.

A medida que el Gobierno de Estados Unidos y varios de Latinoamérica insistían en la gravedad del «peligro comunista» y de la «subversión interna», cobraba también fuerza la demanda de ayuda financiera y de mejores precios para las materias primas. Los Gobiernos latinoamericanos estaban en general dispuestos a apoyar la política de Estados Unidos, pero a cambio de ello pedían ayuda económica y financiera. Hasta 1958, sin embargo, las condiciones reinantes no obligaron a Estados Unidos a ofrecer, y menos a conceder, la ayuda que se le pedía.

Con Alianza o sin Alianza, concreta el profesor Aguilar Monteverde en otro lugar de su libro, lo único cierto es que, efectivamente, el subdesarrollo persiste en América Latina. Un subdesarrollo que, para mayor ironía, muestra diversos grados o valores: Ives Lacoste selecciona cerca de unos quince rasgos para definir el subdesarrollo, entre los que probablemente sobresalen la debilidad de la agricultura y del nivel de ingresos, la incipiente industrialización, la hipertrofia del sector comercial, la subordinación económica, el anacronismo de las estructuras sociales, la insuficiente integración nacional, el subempleo y la cada vez mayor toma de conciencia de los pueblos pobres sobre la deplorable situación en que viven.

Numerosos autores, en realidad, han preparado en años recientes relaciones más o menos análogas, con las que bien podría intentarse elaborar un catálogo del subdesarrollo y aun hacer un diagnóstico a partir de la combinación de una gran diversidad de indicadores, cuidando en todo caso de considerar ciertas características fundamentales que suelen omitirse, como, por ejemplo, la explotación irracional, unas veces insuficiente y otras excesiva, de los recursos naturales disponibles; los desconcertantes contrastes que se observan en el panorama tecnológico; la ineficiencia de los mecanismos de captación de recursos financieros y la tendencia a descansar en métodos de financiamiento inflacionarios y/o en la inversión y los préstamos del exterior; la defectuosa y aún inexistente organización de los productores, sobre todo en el sector primario; la escasa importancia de la industria pesada y la creciente influencia de grandes monopolios internacionales en toda la estructura industrial; la tremenda inequidad en el reparto de la riqueza y el ingreso nacionales; la ausencia de democracia política y de respeto real a las garantías individuales; el grado alarmante de extensión de la corrupción y el hecho no menos grave de que, en el contexto de una dependencia creciente, múltiple y en rigor de carácter estructural, los que eufemísticamente suelen designarse como «países en desarrollo» no sólo no se acercan, sino que se alejan cada vez más de las naciones industriales.

RECENSIONES

Tal vez, pensamos, el signo más destacado de originalidad que se nos ofrece en estas páginas—independientemente de un profundo y sincero estudio sobre la actual situación sociopolítica y socioeconómica de México (capítulo en el que no entramos dada la economía del espacio editorial disponible—es el referente a la adecuada interpretación de lo que podemos considerar como fenómeno del revolucionarismo latinoamericano: el nivel de organización, de disciplina, de conciencia, de fuerza, así como el grado de desarrollo del movimiento emancipador de América Latina, varía de un país a otro, como varían las condiciones económicas, la situación política, la gravedad y los caracteres de ciertos problemas y la forma en que los grupos dominantes se enfrentan a ellos. Mientras en unos casos la izquierda es poderosa, en otros es débil y está lamentablemente dividida. En tanto que en algunos países la clase obrera es fuerte y tiene una larga tradición de lucha, en otros es víctima de una estrategia oportunista, que ha convertido a los grandes sindicatos en sostenes populares de la estructura de poder de la burguesía. En unos casos los campesinos son combativos y están cada vez mejor organizados, mientras en otros siguen dispersos y carecen todavía, en general, de preparación política y de conciencia de clase. En fin, amplios sectores populares continúan enajenados a posiciones contrarias a sus intereses, su acción es esporádica y circunstancial, y los partidos y organizaciones progresistas aún no logran penetrar en las masas, fundirse con ellas, guiarlas—y a veces ni siquiera seguirlas—en una lucha verdaderamente revolucionaria.

Tampoco deja marginado el profesor Aguilar Monteverde el tema del imperialismo, al que examina, a lo largo de casi todo el libro, como factor esencial que ha provocado el fenómeno del subdesarrollo: «El imperialismo—escribe—no es un nuevo fenómeno histórico. Es una fase del desarrollo capitalista que surge y se desenvuelve en los últimos cien años, pero las formas que tal fenómeno asume son cambiantes y a menudo complejas y difíciles de comprender. La vieja idea de que en países como los nuestros el imperialismo impediría todo desarrollo industrial acaso fue válida en la época en que el capital extranjero sólo interesaba el control directo de ciertas actividades primarias y de algunos servicios. Esa etapa está liquidada y superada por las nuevas formas de integración monopolista, conforme a las cuales los países atrasados ya no son tan sólo zonas dependientes, sino partes integrantes de un sistema económico mundial cuya estrategia, formulada desde luego por las grandes potencias, responde a sus graves contradicciones y problemas internos y a la decisión de impedir por todos los medios, incluida naturalmente la violencia, que esos problemas se resuelvan a través de un proceso de transformación estructural que desenlace en una nueva organización socio-económica.»

Por último, en buena lógica, el autor muestra su preocupación por los resultados a los que una estrecha integración del continente latinoamericano podría dar lugar. Esa preocupación que el profesor Aguilar Monteverde no nos oculta la encontramos inserta en la siguiente interrogante: ¿Depara la «integración» alguna fundada esperanza de que los problemas latinoamericanos se solucionen? La etapa de la integración a nivel del subcontinente o incluso del continente, como lo postulan los defensores de un mercado común americano, es, a nuestro juicio, la última subfase del largo proceso que hemos tratado de examinar. En ella están presentes nuevos hechos y ciertos cambios

RECENSIONES

en las relaciones con el imperialismo, el que dialécticamente, y cada vez en mayor medida, se vuelve el principal factor del atraso de los países pobres y a la vez la antesala de su liberación y del socialismo. ¿Podrán la política de integración regional y las reformas superficiales y palaciegas inspiradas en la *Alianza para el Progreso* corregir los más graves desequilibrios y librar a nuestros países del subdesarrollo? ¿Podrá el capitalismo mexicano y latinoamericano renovarse, adquirir el vigor que hasta ahora le ha faltado e imponerse la tarea de formular una estrategia económica genuinamente nacional? ¿Podrán nuestros capitalistas, tan timoratos y acostumbrados a servir a otros intereses, romper el patrón de la dependencia y hacer de la integración regional un arma eficaz de lucha contra el imperialismo y quienes desgarran la economía de nuestros pueblos, precisamente a nombre de la «integración»? Definitivamente —puntualiza el autor de este libro—, no lo creemos. El no tener fe en la burguesía nacional no significa que seamos pesimistas respecto a la perspectiva de un desarrollo futuro. Antes al contrario, tal convicción es necesaria para comprender que, a diferencia de lo que ocurrió hace doscientos o trescientos años en otros países, en nuestros días es al pueblo a quien toca la responsabilidad de llevar adelante y dirigir el proceso social; de llevarlo adelante no ya a un nuevo estadio capitalista, sino hacia el socialismo, hacia una nueva formación socioeconómica que, en una o dos generaciones, liquide la herencia de la explotación y el subdesarrollo.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JACQUES GUILLERMAZ: *Le parti communiste chinois au pouvoir* (1^{er} octobre 1949-1^{er} mars 1972). Payot, París, 549 pp.

En parte por la sugestión que China ha ejercido siempre en las mentes occidentales, en parte por los temores que originó el surgimiento en el campo socialista del gigante asiático, muchas han sido las obras que desde 1949 se han publicado sobre este tema. Por tanto, *Le parti communiste chinois au pouvoir* no «viene a llenar un hueco». Tiene mayor relevancia. En la nutrida bibliografía sobre la China de Mao Tse-tung, debida sobre todo a periodistas, políticos que han viajado a China, cuando no a «especialistas» más o menos condicionados por los imperativos del momento político, la obra de Jacques Guillermaz destaca singularmente. En primer término, por no ser fruto de un viaje o limitada estancia en ese país, luego afectado por la influencia deformante de las impresiones y los susurros propagandísticos. Antiguo militar, diplomático y universitario —es actualmente director de la Escuela Práctica de Altos Estudios y profesor de los Institutos de Estudios Políticos de París y Grenoble—, Jacques Guillermaz ha residido durante veinte años en Asia, de los cuales dieciséis en China. De ahí que esa inteligente, serena y cautivante obra sea nada menos que el excepcional testimonio de un escritor de talento, cuya experiencia vivida del tema tiene la apoyatura de una poco común preparación cultural, conocimiento del país, de la idiosincrasia de su pueblo y su idioma. A tales factores de orden cultural, Jacques Guillermaz añade esa «parcela

de amor», ese calor humano sin el que la inteligencia y el saber no ahondan en la verdad de los acontecimientos ni descifran su arcana significación. De suerte que, tanto como la historia del partido comunista chino desde 1949, Jacques Guillermaz ha estado en condiciones de relatar: «... con qué manera el partido, aun permaneciendo fiel a sí mismo, ha creado y hecho evolucionar el régimen, inspirándose a un tiempo en los mandatos de su propia experiencia y en una ideología constrictiva y dominada por la gigantesca personalidad de Mao Tse-tung», como dice en el prólogo.

Al iniciar su andadura en cuanto dueño del poder, el partido comunista se halla ante un país destrozado por las guerras civiles y la larga lucha contra el invasor japonés. No existe antecedente histórico de tan desalentador punto de partida para unos dirigentes que, aun curtidos por años combatiendo, carecen de experiencia y no pocos de conocimientos a la altura de las adversas circunstancias. Además son una minoría en un país con dimensiones continentales. Sin dilaciones—ni grandes contemplaciones, por supuesto—arremeten con la sobrehumana tarea de construir, mejor dicho de destruir y reconstruir el país política, administrativa y económicamente, procediendo al mismo tiempo a la educación ideológica del pueblo, a la vez objeto y sujeto de la experiencia sin parangón.

En estos primeros y, en cierto modo, cautos pasos del nuevo régimen se llevaron a cabo una serie de campañas destinadas a hacer subir la fiebre revolucionaria de las masas y asegurar el éxito de determinadas medidas. Entre tales campañas figura una —brutal— tendente a eliminar a los llamados «contrarrevolucionarios». Hizo desaparecer o «reconvirtió» a la burguesía, pero permitió poner los cimientos de la reestructuración económica, en particular la reforma agraria. Fue muy bien acogida por los campesinos, que la tuvieron por una meta. En el ánimo de los dirigentes sólo era una fase del proceso total. Ello provocó un mal entendido, que había de gravitar, en forma de dificultades, en la etapa revolucionaria que Jacques Guillermaz califica de «neodemocrática» (1949-1953), pese a la sucesión de hechos revolucionarios, en ocasiones sumamente sangrientos y hasta inhumanos. En tanto, China volvía hacia el exterior un hosco semblante y se imponía como un nuevo y alarmante satélite de la URSS. El Tratado de Moscú de 14 de febrero de 1950 confirmó esa impresión, convertida en axioma cuando China intervino en la guerra de Corea. Hoy en día cabe preguntarse si China, convertida en peón de brega, no hubo de ceder entonces a las presiones de la URSS, cuya ayuda económica era una dialéctica muy convincente. En todo caso, la guerra de Corea incidió en su día en el alejamiento de la URSS y no perjudicó el desarrollo económico de China, afanosamente aplicada a subsistir por sus propios medios. Poco después, todavía con la ayuda soviética, China iba a emprender el camino de la planificación y el de la consiguiente prosecución de nuevas estructuras socioeconómicas para el país, en particular la colectivización de las tierras. Ese remedio de la colectivización soviética había de trastocar la vida tradicional de una población rural que representaba todavía el 80 por 100 de la población total.

Se ha puesto decididamente en marcha la excavadora, apisonadora y trituradora comunista. Por las páginas de esta obra apasionante desfila, sobriamente diseñado, el alucinante cortejo de medidas destructivas y constructivas, de improvisaciones abocadas al fracaso, de aciertos, de divergencias en el seno del partido, las «Cien Flores», las

RECENSIONES

primeras tensiones chino-soviéticas—el discípulo salía díscolo—, es decir, la tremenda serie de sobresaltos, sacudidas y pausas registradas en el transcurso de los años de la instauración del comunismo en China, donde la revolución fluía como un torrente, sí, pero un tanto paralelamente al cauce—ya medio seco—de la revolución soviética.

En la hondura de esa sucesión de acontecimientos, en apariencia incoherentes o con claro sentido de imitación—por ejemplo, la creciente burocratización del partido—, Jacques Guillermaz detecta una lógica interna: la búsqueda mediante tanteos de «la vía china hacia el socialismo», fórmula en la que lo adjetivo va en detrimento de lo sustantivo. Elaborar el marxismo-leninismo conforme a la realidad profunda de China—entraña del pensamiento de Mao Tse-tung, que dice no ser artículo de exportación la revolución de su país—¿no será, en cierto modo, reanudar con la tradición de China, que jamás absorbió, sin antes sazonarlo a su gusto, manjar alguno filosófico, artístico o religioso?

La Revolución Cultural—lo evidencia Jacques Guillermaz—no es estrictamente el solapado esfuerzo de Mao Tse-tung por hacerse de nuevo totalmente con el poder. No es tampoco mero reflejo de la lucha entre bandos que se disputan el poder por ambición personal. La apuesta es el semblante que ha de tener esa China del futuro que los dirigentes de hoy están esculpiendo a martillazo limpio y con afilada gubia. ¿Eco asiático de la revolución de 1917 o trasvase a la vasija china del líquido revolucionario destilado por Marx y Lenin? Los más tarde calificados de «monstruos» no eran exactamente pro soviéticos. Simplemente estaban empeñados en atenerse a la experiencia revolucionaria soviética. Fueron barridos del escenario, alguno que otro erróneamente. Pero con el triunfo de Mao Tse-tung China ha permanecido fiel a su secular vocación de servir de modelo. La Revolución Cultural, gigantesca, inconcebible convulsión, con secuencias de desafueros que son de pesadilla en la obra de Jacques Guillermaz, sin duda testigo de por lo menos parte del proceso, llevó al país a orillas del caos. Lo salvó Chou En-lai apelando al Ejército, cuyo papel fue decisivo a la hora de imponer un orden nuevo derivado de una nueva concepción del partido. A la postre, esa demencial agitación y purga ha consolidado la prodigiosa mutación que se ha ido operando en el país desde 1949 y ha despejado su horizonte, singularmente en lo internacional. En la actualidad, China es de nuevo una unidad política—como en tiempos de auge de las grandes dinastías imperiales—y ese país recobra su atractiva personalidad, a despecho de las soflamas revolucionarias. La economía está a punto de despegue—admirable logro del trabajo, la disciplina y la austeridad—y las notables transformaciones habidas en lo social, educativo y cultural son exponentes de una visión original—concretamente china—de esas cuestiones. En cuanto al «nuevo hombre chino», dominado por preocupaciones morales de probidad, pureza de costumbres, espíritu de sacrificio y patriotismo, ¿diste mucho del chino de la más eximia tradición, aunque ya no sea discípulo de Confucio, sino soldado de la revolución?

Quizá el punto álgido de interés de *Le parti communiste chinois au pouvoir*, cuyo interés no decae en ninguna de sus páginas, hállese en sus agudas y personalísimas conclusiones. Por razones objetivas que enumera, Jacques Guillermaz estima que China no es una potencia de primera magnitud, tal como lo entiende el mundo occidental. No es, pues, una rival en ciernes de las dos superpotencias. Es más y puede ser más ei

RECENSIONES

«sus sucesores (de Mao Tse-tung y de Chou En-lai) dejan sitio en su amplia síntesis a la herencia espiritual y moral de la China antigua». Esa China sí que podría servir de modelo a un mundo que «anda a la búsqueda de una cultura y se esfuerza por modelar el semblante del hombre de mañana». De otro, quemada por el fuego revolucionario, «sería trágico ver desaparecer ante nuestros ojos la única civilización que ha atravesado los siglos».

Es casi obvio decir que *Le parti communiste chinois ou pouvoir*, de «obligada lectura» para todo aquel que quiera tener una idea precisa, objetiva e inteligente de la China de Mao Tse-tung, tiene la claridad expositiva, la fluida elegancia de estilo y la amena sagacidad que caracterizan los mejores escritores galos.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

TILMAN TÖNNIES EVERS: *Militärregierung in Argentinien*. Hamburg, 1972, Institut für Auswärtige Politik e Institut für Iberoamerika-Kunde, Alfred Metzner Verlag, Frankfurt/M., 288 pp.

La realidad argentina vuelve a cobrar actualidad por la reciente «desmilitarización» del régimen y la vuelta del peronismo-justicialismo al poder. La presente obra prácticamente coincide con este hecho, poniendo punto final a un período bastante largo de la dictadura militar. Porque: «... en Buenos Aires habrá un Gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía o una monocracia con más o menos restricciones, y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.» Esta es la valoración de la realidad histórica argentina hecha por Simón Bolívar desde Kingston el 6 de septiembre de 1815 en sus *Cartas de Jamaica. Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, valoración cuyo significado se trasluce a través del «canal del tiempo», como si hubiese sido hecha en cualquier otro momento posterior y hasta actual. Por otra parte, ya la Historia, con hechos irrefutables, nos dice que las dictaduras, los gobiernos de fuerza, si bien tienen un lapso, que normalmente es breve, de bonanza, por lo general no tienen desemboque, y en todos los casos degeneran en una desatada corrupción», afirma Juan Carlos Onganía en función de jefe del ejército en un discurso pronunciado el 28 de mayo de 1963 en la Escuela de Suboficiales «Sargento Cabral». En los dos casos, la argumentación es correcta: la inestabilidad política en Argentina y en Iberoamérica se debe principalmente a la imitación de regímenes exteriores de carácter democrático-liberal, con lo cual se irrumpió, a partir de la Revolución francesa, en la naturaleza humana y política del argentino; por si fuera poco, los cambios sociales del último período también han contribuido al caos reinante. La inestabilidad moderna parece ser más grave que las anteriores, tratándose de una consecuencia de las estructuras básicas de la sociedad iberoamericana. En este caso, los militares se ven obligados

RECENSIONES

a intervenir en los asuntos políticos en beneficio de la nación, además, como si se tratase de un proceso de violencia institucionalizado. Tres de cuatro sudamericanos están bajo régimen militar y a nadie ya extraña tal hecho.

La «revolución» de 1966 es objeto de las consideraciones del autor, que investigó la realidad argentina e iberoamericana desde 1967 hasta 1969. Llegó a una serie de conclusiones que localizan objetivamente la realidad. Argentina es un país capitalista que depende de diferentes potencias occidentales económica, política y culturalmente, cuyos intereses administra y aprovecha una oligarquía local, asentada en el latifundismo y en el comercio exterior. De esta situación se dan dos fenómenos: conformismo u oposición, representados por el «liberalismo» y el «nacionalismo», respectivamente. Por tanto, la política argentina queda dividida automáticamente en dos tendencias entre sí irreconciliables.

Históricamente hablando, la clase media irrumpe en la escena nacional en 1916, y el proletariado, a partir de 1945, hecho que enfrentaría a las clases dominantes con crecientes demandas de participación económica y política, que provocó una grave crisis de la legitimidad de las instituciones políticas de una democracia liberal restringida. En su empeño de defender los dominantes sus intereses acudieron, en una y otra ocasión, a las fuerzas armadas como fuerza conservadora de la República. Desde la caída y la vuelta de Perón existe un cierto equilibrio entre las fuerzas nacionalista-populista y liberales. Perón había incluido al proletariado en su programa político; sin embargo, su error consistió en no haber procedido a un cambio necesario de estructuras socioeconómicas. Los Gobiernos Aramburu, Frondizi, Illia... intentaron restablecer la unidad y continuidad política del país, pero no lograron su propósito. Las fuerzas armadas tuvieron que hacerse cargo de los destinos de la nación.

En el programa político del Gobierno Onganía figura la idea de transformaciones sociales controladas y encauzadas, en parte consecuencia de la presión de parte de las masas representadas por el peronismo. El juego continúa sin consecuencias prácticas y viables. Durante los primeros tres años, el Gobierno contaría con la adhesión de los intereses económicos extranjeros y nacionales, de la burguesía y de la jerarquía eclesiástica; mientras tanto la oposición estaba compuesta de varias fracciones antagónicas entre sí—los gremios peronistas, los sindicatos, etc.—. El conservadurismo liberal antioposición fue representado sobre todo por *La Prensa* y *La Nación*, como portavoces de la propaganda oficial en pro de la aceptación de la política económica, pero en contra del sistema político. Onganía cae en 1970, y Lanusse se interesaba menos por la «revolución argentina» que por una pronta vuelta a la democracia liberal, entendiéndolo que «profundizar la revolución» constituía una amenaza a la cohesión de las fuerzas armadas y a su futuro político personal. El sucesor de Onganía, Levingston, ese «soldado desconocido», dependía por completo de la Junta que le había nombrado, y así se produjeron conflictos entre el poder real y el formal, hasta que Lanusse acabaría con esta situación tan desagradable. La identificación de las fuerzas armadas con el Gobierno llegaba a su máximo en el justo momento en que los militares comenzaron a preparar su retirada... Lanusse se ha cristalizado como un inteligente táctico político desde 1955. El conservadurismo debía aprender y ver en el peronismo reformista un aliado, en vez de un enemigo.

RECENSIONES

La táctica de Lanusse condujo al «Gran Acuerdo Nacional», y con la intervención mediadora de algunos grupos políticos de menos importancia empezaron a negociar los militares, como fuerza conservadora más importante, con el peronismo, que a lo largo de los años anteriores había llegado a ser la única representación significativa de las clases media y trabajadora. El objetivo principal era la preparación de un Gobierno elegido constitucional y democráticamente, moderadamente reformador y en cierta medida controlado por los militares; algo parecido al «peruanismo constitucionalizado». De ahí emanan los antecedentes de rehabilitar al peronismo, ajustándose a la futura línea económica «nacionalista»; rompiendo, por consiguiente, con los antiguos tabús de la política argentina.

La problemática argentina constituye una parte integrante de la realidad iberoamericana y hasta cierto punto el peronismo, ya reinstitucionalizado y legalizado, puede representar uno de tantos ejemplos para otros países del subcontinente, si es que llega a resolver lo que se ha propuesto resolver desde el punto de vista económico, social y político. Como país semiindustrializado, Argentina debe acelerar su proceso de recuperación cuanto antes, ya que el retraso es considerable.

STEFAN GLEJDURA

VÍCTOR F. GOYTIA: *Elementos para una dinámica existencial*. Universidad de Santa María la Antigua. Panamá, s. a., 250 pp.

Esta obra—que el autor dedica «a Manuel Fraga Iribarne»—fue escogida por la Universidad panameña de Santa María la Antigua para iniciar las publicaciones de su Departamento Editorial. Goytia, autor de reputadas obras jurídicas, acomete en este volumen el examen acerca del entorno humano para concluir en la evolución histórica de Iberoamérica. Se trata, por lo tanto, de una obra multiforme, en la que Goytia yuxtapone materiales muy diversos para alcanzar el fin propuesto, esto es, demostrar que la angustia generada por una sociedad de masas, deshumanizada, propende a desembocar en soluciones políticas que no disminuyen la neurosis colectiva. Como dice acertadamente en el prólogo el licenciado Lasa Ibarzábal: «no busque quien lea esta obra un tratado de política, o de Derecho internacional, o de geocinética, ni siquiera de sociología, aunque de todo ello encontrará el lector». Pero el hombre, preocupación esencial de Goytia, participa en todos esos campos, y ello impele al autor a verificar una exploración—harto veloz, en nuestra opinión—de todas esas facetas para extraer las pertinentes consecuencias.

El capítulo con que se inicia el volumen, y que se titula «El hombre deshumanizado», revela ya el motivo central de la obra. Goytia aporta testimonios de personalidades muy destacadas que han centrado su atención sobre esta cuestión y—tras del sumario análisis de la naturaleza psíquica de la ley en la sociedad de masas, la neodelincuencia y la neurosis del mundo contemporáneo—puede obtener en capítulos posteriores conclusiones muy significativas. Así, por ejemplo, consigna que «en las naciones pequeñas, subdesarrolladas o que no han alcanzado niveles de industrialización masiva, el hombre

RECENSIONES

padece complejos de frustración ante lo difícil o imposible, que es equiparar su condición a la del hombre-masa, que, por lo general, posee automóviles, televisores, radios e implementos eléctricos de todo género, sin llegar a disfrutarlos en el sentido del gozo. Las frustraciones indicadas están creando en la mayoría de los Estados americanos el hombre parásito y su secuela de inconformidades, indiferencias, resentimientos, rebeldías contra la sociedad incipiente, de que es parte, y la inclinación hacia "las guerras liberadoras" que exporta el absolutismo desde su base cubana, como si en ellas pudiera encontrarse la liberación del propio *ego*, enfermo de neurosis finieval. El vicio de origen de esta llamada civilización de masas es el abandono de la mente y sus proyecciones, por lo cual las colectividades son inducidas a creer las cosas más inverosímiles sobre sí mismas o a actuar en contra de sus intereses, como afirma el profesor F. C. Bartlett.

En una obra de esta naturaleza no podía pasar por alto el autor uno de los problemas más acuciantes que inciden sobre el mundo subdesarrollado, el Tercer Mundo, del que forman parte sustancial los países iberoamericanos. Con evidente razón opina que los defectos de organización y la mala distribución de los recursos constituyen un factor fundamental del subdesarrollo en el hemisferio. A estos efectos aduce el testimonio de don Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, que lleva invertidos más de treinta y dos millones de dólares en la asistencia financiera de la educación superior en más de quince países; advierte que «es preciso reconocer que muchos de los problemas y dificultades que enfrenta la América Latina no provienen del injusto intercambio con el exterior o de las limitaciones y deficiencias estructurales de naturaleza económica y social que condicionan nuestro insuficiente desarrollo. Muchos de ellos—agrega—se deben también al atraso básico de algunos aspectos fundamentales de la propia organización de cada país y a la mala distribución de los recursos y potenciales de todos. Ejemplo típico es la precaria situación de la Universidad latinoamericana considerada en su conjunto». Efectivamente, la Universidad, que debía ser el promotor del desarrollo en esos países, se transforma en un reducto politizado, en donde se observa «el desequilibrio permanente y la indisciplina como condiciones fatales de nuestras Universidades».

Esto es muy grave, puesto que la educación es el arma indispensable para lograr el desarrollo socio-económico de cada país y la compenetración hemisférica. Por ello dedica Goytia densas páginas para sintetizar las tendencias interamericanas en ese campo. Cita unas palabras muy significativas del presidente De la Guardia: «para los panameños, la Universidad interamericana será un centro de labor, en donde se revisarán y afirmarán los instrumentos espirituales de la solidaridad continental». La frustración de esa magna obra, «liquidada cuando sus institutos de investigación comenzaban a ofrecer sazonados frutos», revela la ausencia de una visión de conjunto.

Especial interés tiene el capítulo VI—«Dinámica espacial»—, en el que aborda Goytia el nacimiento del Derecho internacional americano, partiendo desde «el sermón de Montesino», pronunciado el cuarto domingo de Adviento, en las vísperas de Navidad del año 1511. «Al glosar las palabras del Bautista: "*Ego sum vox clamantis in deserto*" (Juan, I, 23) abrió las puertas por donde debía entrar toda la articulación del Derecho internacional moderno, fundado por Francisco de Vitoria en sus célebres y profundas *Reelecciones salmanticenses*.»

RECENSIONES

Analiza también los tipos de asociación de los Estados americanos, deteniéndose con particular atención en la exposición de los conceptos del doctor Ricardo J. Alfaro sobre el Derecho nuevo, para terminar con el examen de las «supervivencias colonialistas» en aquel hemisferio (Belice, Malvinas), dedicando unas conmovidas líneas a la cuestión de Gibraltar: «Hace dos siglos y medio un almirante inglés traiciona a sus aliados en la guerra de Sucesión y se apodera sorpresivamente del peñón de Gibraltar, expulsando a la población nativa, que tiene que refugiarse en la colina de San Roque, donde espera el momento oportuno de reivindicar sus derechos. Expulsados los nativos de Gibraltar, llevaron los ingleses una población heterogénea, compuesta de italianos, árabes, franceses y de otras nacionalidades, que ha ido prosperando, en desmedro de los antiguos gibraltareños. Con motivo de la visita que hiciera la reina Isabel hace años a sus colonias, entre ellas Gibraltar, España entera, y con ella la América hispana, se conmovieron, y los diplomáticos ingleses argumentaron entonces que si se llevase a efecto un plebiscito imparcial, se evidenciaría la voluntad de aquel pueblo de seguir siendo inglés. Y así es, sin duda alguna, porque el plebiscito no se llevaría a cabo en la colina de San Roque, donde los descendientes del pueblo desposeído claman a través de tres centurias la devolución del solar nativo, sino entre los extranjeros que desde 1704 fueron reclutados para formar la colonia.»

En definitiva, *Elementos para una dinámica existencial* es una obra muy interesante, de denso contenido, que sugiere y evoca profundos pensamientos en el lector. Es una obra que merece ser leída con atención.

JULIO COLA ALBERICH

DARÍO GIMÉNEZ DE CISNEROS: *Talión. El proceso revolucionario de Oriente Medio*. Plaza y Janés, S. A., 1973, 316 pp., 4 mapas y gráficos.

Se trata de una excelente obra—una de las mejores que conocemos en la ya abundante bibliografía mundial sobre este tema—acerca del panorama que ofrecía el Oriente Próximo en vísperas del desencadenamiento de la cuarta fase de la guerra árabe-israelí, el 6 de octubre de 1973.

Es muy grande el interés de *Talión*, entre otras razones, porque se refiere a una región, como el Próximo Oriente, que se ha transformado en la zona más altamente explosiva del globo en virtud de los sucesivos enfrentamientos entre árabes y judíos y la tensión que esto ha desencadenado entre las dos superpotencias, Unión Soviética y Estados Unidos, que, respectivamente, apoyan a ultranza a cada uno de esos dos bandos beligerantes, con lo que se corre el riesgo, nada infundado, de que cualquier movimiento en falso de Moscú o Washington—cosa que ha estado a punto de producirse durante esta cuarta fase—desencadene un enfrentamiento bélico nuclear entre los dos colosos, que representaría el fin de la humanidad. La suerte del planeta se está decidiendo, en gran parte, en el Próximo Oriente; además, porque los Estados miembros de la Organización de países árabes exportadores de petróleo producen el 30 por 100

RECENSIONES

del tonelaje petrolífero mundial y poseen más del 55 por 100 de las reservas conocidas del oro negro, insustituible para mantener el desarrollo económico del mundo occidental. Un cese total del suministro de petróleo árabe a Europa y Japón significaría el colapso económico del viejo continente y del coloso nipón, y el embargo de ese producto a los Estados Unidos—lo que ya se ha producido después de la publicación de *Talión*—representaría una grave disminución de la actividad fabril norteamericana, que puede ser el prólogo de una crisis total. Es decir, que las llaves de la economía del mundo libre—y, por lo tanto, de su supervivencia—están en manos de los pueblos árabes, lo que explica el interés con que el Kremlin apoya sus pretensiones y les proporciona una ayuda decisiva en armamentos ultramodernos. Así ha logrado Moscú que quede a su arbitrio decidir el hundimiento del enemigo, el mundo no socialista, por asfixia energética. Por lo tanto, si los destinos de la humanidad se están decidiendo en el Próximo Oriente, este tema alcanza prioridad absoluta en la información del gran público, que no está debidamente documentado respecto a las verdaderas perspectivas del conflicto.

Darío Giménez de Cisneros—redactor-jefe del prestigioso semanario *Mundo* y que tiene a su cargo la información política internacional en el joven diario barcelonés *DF*—es, a pesar de su juventud, un periodista de gran talla que ya ha alcanzado notable experiencia profesional. Con paciencia y atención ha sabido reunir, seleccionar e interpretar un fabuloso material informativo que se refiere a un período muy concreto, que se extiende desde mayo de 1967, prólogo de la Guerra de los Seis Días, hasta junio de 1970, Guerra de los Mil Días, culminada con la aparición del plan Rogers. En los acontecimientos acaecidos durante esos tres años, cuidadosamente anotados por Giménez de Cisneros, se encuentra la clave de la grave situación creada por la guerra del pasado mes de octubre.

Un tema como éste, que provoca tantos apasionamientos, ha sido manipulado hábilmente por la propaganda de cada uno de los bandos beligerantes hasta llegar a extremos inconcebibles. La consecuencia de todo esto es que al gran público ha llegado una información tendenciosa y deformada que ha desfigurado la verdadera imagen de cuanto ha ocurrido y sucede en el Próximo Oriente.

Por esto precisamente, uno de los mayores méritos de la obra que ofrece Giménez de Cisneros es la absoluta objetividad con que ha sabido exponer todos los antecedentes. *Talión* expone una información—y su correspondiente interpretación—completa e imparcial que pone en manos del lector la masa de antecedentes necesaria para que extraiga sus propias conclusiones y no aquellas que trata de inculcarle tenazmente una propaganda interesada, preparada por ambos bandos para mentalizar a su favor a las corrientes de la opinión mundial.

Comienza por una jugosa introducción en la que reseña, entre otros hechos, la génesis del movimiento sionista, la proclamación del Estado de Israel, la primera batalla o fase de la guerra árabe-israelí (aún no concluida) y la segunda batalla (octubre 1956) desencadenada a consecuencia de la nacionalización del canal de Suez, así como las consecuencias derivadas de estos acontecimientos. Finaliza esta introducción con un denso capítulo titulado «Génesis de la Resistencia palestina (1952-1966)» sumamente interesante.

RECENSIONES

El capítulo primero se refiere a la Guerra de los Seis Días. «El 15 de mayo.—anota el autor—de 1967, Israel celebra el XIX aniversario de su independencia. El desfile conmemorativo es interpretado por los árabes como punto culminante de la tensión prebélica que se había iniciado un mes antes. Pocos días atrás, los terroristas palestinos habían descargado dos de sus más efectivos golpes de mano sobre la infraestructura y la población israelíes en las zonas fronterizas con Siria y Jordania. El día 17, Egipto moviliza sus reservas e inicia una concentración de tropas en gran escala sobre la frontera del Sinaí. Los terroristas palestinos militantes en la franja de Gaza reciben clandestinamente, por medio de la organización guerrillera oficial de Ahmed Chukeiry, una partida de armas ligeras para ser empleadas en una hipotética sublevación palestina, con la que, al parecer, los árabes pretenden abrir el fuego de una nueva guerra. Durante la semana siguiente, el presidente egipcio Nasser toma dos decisiones que habrán de considerarse básicas a la hora de enjuiciar las razones de la guerra: pide la retirada de las fuerzas de control de la ONU en las líneas de armisticio de 1956 y bloquea toda pretensión israelí de navegar o recibir material bélico y aprovisionamiento a través del golfo de Aqaba, única salida de Israel al mar Rojo.» La errónea actuación de Nasser desencadena el sangriento conflicto. El *Rais* valoró equivocadamente la potencialidad y preparación de los ejércitos árabes y la capacidad militar del adversario. Estimando que poseía la absoluta superioridad se dedicó, de forma temeraria, a preparar abiertamente el combate, descubriendo sus intenciones al enemigo. «Las frases siguientes —dice Giménez de Cisneros— pronunciadas por el *Rais* los días 26 y 30 de mayo de 1967, respectivamente, y ampliamente difundidas por todos los medios de información árabes e internacionales, hablan por sí solas: *"He sabido siempre que estaremos en posición de exigir la evacuación de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas cuando hayamos completado nuestros preparativos. Y esto es exactamente lo que ha ocurrido. Ahora la guerra será general, y nuestro objetivo, la destrucción de Israel."* *"Como resultado de la clausura del golfo de Aqaba, Israel tiene ahora dos alternativas, cada una de las cuales está empapada en su propia sangre: morirá estrangulado bajo el asedio militar y económico árabe, o perecerá bajo el fuego de las fuerzas árabes que lo cercarán por el Norte, el Sur y el Este."*»

El resultado es de sobra conocido y la única potencia que salió beneficiada del desastre árabe fue la URSS. «Sin duda hay que reconocer que los rusos —dice el autor— se habían volcado en una obra asistencial hacia el pueblo árabe, que abarcaba desde la prestación económica y técnica, que permitió la iniciación de la gigantesca presa de Assuan hasta la instalación de, por lo menos, una batería de cohetes defensivos tierra-aire "Sam" en las proximidades del canal de Suez. Pero los mil millones de dólares en que se estima la ayuda militar soviética a Egipto, Siria e Irak desde 1958 no tenían para el Kremlin otro objetivo que poseer la influencia exclusiva sobre un bloque del mundo cuya relativa pobreza de medios le convertiría en deudor material y moral para largos años de su historia futura.» La consecuencia tangible de este apoyo soviético fue que su escuadra convirtiera el Mediterráneo en escenario permanente de la presencia moscovita. Con la Guerra de los Seis Días, Moscú se apuntaba un tanto de gran importancia, logrando convertir en realidad el sueño acariciado por los zares durante siglos.

En un breve capítulo, el II, relaciona los territorios ocupados por Israel en los seis

días y los efectivos demográficos alcanzados por el pueblo palestino a consecuencia de la guerra de junio de 1967.

En el capítulo III verifica un análisis exhaustivo de cuanto sucedió desde el fin de aquella guerra (que no es, en realidad, sino la tercera batalla de una guerra permanente e inconclusa) hasta la presentación del plan Rogers. Es una magnífica síntesis de las infinitas violaciones de la tregua y la aparición del terrorismo. «La primera fase de la Guerra de los Mil Días—dice Giménez de Cisneros—consagró el establecimiento de un círculo vicioso de agresiones y represalias cuya intensidad fue suficiente para confirmar la lejanía de toda posibilidad de paz.» El «diálogo de obuses» se inició a pocos días de clausurarse la cumbre árabe de Jartum—donde se esbozó la política árabe de la posguerra: «No al reconocimiento de Israel, no a la negociación con Israel, no a la paz con Israel»—celebrada en la primera semana de septiembre de 1967 y fue el prelude de actos bélicos de la mayor trascendencia (hundimiento del destructor israelí *Eilat*, bombardeos de Suez, incursiones de comandos israelíes en Egipto y de egipcios en el Sinaí, operaciones palestinas contra las colonias agrícolas de la Alta Galilea, ataques contra la aviación civil, bombardeos israelíes de Jordania y Líbano, etc.), que son reseñados y analizados por el autor con elegancia y precisión.

En sucesivos capítulos, IV al VI, se refiere a la «política de guerra y diplomacia de posguerra», con especial mención de la fracasada misión Jarring y la diplomacia de las armas; «lecciones de la intrahistoria», en que analiza el terreno político y la evolución de las corrientes de Israel, las contradicciones del arabismo oficial («Nasser, que había conducido al mundo árabe a la guerra de 1967, se había revelado incapaz de aproximarse a una paz cuya consecución empezaba a ser considerada por algunos como provechosa, al menos económicamente» y la ideología revolucionaria palestina (Arafat había dicho: «*Dejemos que las grandes potencias decidan lo que quieran. Nosotros hemos tomado ya nuestra decisión, una decisión basada en las armas y sólo en ellas*») y «la paz de papel» («La Guerra de los Mil Días terminó oficialmente el 1 de agosto de 1970 con la aprobación por los principales beligerantes del plan Rogers»).

Completan el volumen un epílogo sobre «las opciones del futuro» y un *postscriptum* «el proceso revolucionario» donde advierte, con clarividencia que han confirmado los recientes acontecimientos, que «los Estados árabes, por su parte, están tramando utilizar sus recursos energéticos para obligar a que los grandes presionen a Israel hacia una posición conciliadora». Se insertan también dos interesantes apéndices.

En definitiva, esta obra de Giménez de Cisneros resulta positivamente valiosa y su lectura es necesaria a quien aspire a poseer una información completa y veraz sobre el problema político culminante del mundo de nuestros días.

JULIO COLA ALBERICH